

**A LOS 40 AÑOS DE  
LA MUERTE DE FRANCO**

# **LA TRANSICIÓN DEL FRANQUISMO AL PARLAMENTARISMO, 1974-1978**

El análisis de nuestra historia contemporánea más inmediata, aquella que casi es presente, demanda un cuidado particular en el método. Las exigencias de objetividad, de transitar desde la apariencia a la esencia y desde lo superficial a lo profundo, son especialmente necesarias. Se ha de prestar una atención escrupulosa a las fuentes documentales, considerar la totalidad finita de los hechos para alcanzar una comprensión holística y dedicar mucho tiempo a la reflexión de aquéllas y ésta. En lo expositivo posiblemente el procedimiento más adecuado sea el “orden geométrico” con que Baruch de Espinosa articula uno de sus textos<sup>1</sup>. La ordenación geométrica del proceso de análisis y de sus logros, si está efectuada a partir de la experiencia, parece ser un buen antídoto contra la parcialidad provechosa, el hablar de oídas, la presión de la cercanía, la inflación de lo irrelevante, el narcisismo de los comparsas, el recurso al victimismo, la novelización de la historia, las feroces exigencias de la política actual y la intimidante sombra de la razón de Estado.

## **PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA**

---

<sup>1</sup> Se trata de “*Ética demostrada según el orden geométrico*”. La diferencia está en que, mientras Espinosa cree haber así alcanzado un saber apodíctico y completo, el presente estudio es concebido como meramente un momento del ir conociendo sobre la materia estudiada.

El régimen franquista, o forma peculiar de dictadura militar-fascista española, estaba ya agotado hacia 1965. En esas fechas había cumplido casi todos los fines para los que había sido estatuido por las oligarquías estatales y económicas con la guerra civil. Es más, consumada en lo que tenía de realizable su misión, se había vuelto no sólo innecesario sino también crecientemente molesto y perjudicial para aquéllas. Se imponía, por tanto, un cambio en la forma de dominación cuyo meollo tenía que ser el retorno a la expresión habitualmente más eficaz de dictadura política contemporánea, el orden constitucional, parlamentarista y partidocrático, sin rigor denominado “democracia”.

Así pues, dicha transición tendría que haberse realizado unos diez años antes de cuando tuvo lugar, lo que habría evitado a los poderes constituidos algunos quebraderos de cabeza en los años 70 y 80 del siglo pasado, en primer lugar el ascenso de movimientos populares de cierta fuerza y autonomía, sobre todo en Euskal Herria.

El franquismo era la respuesta de las elites mandantes a una situación, la de 1934-1936, en que las multitudes trabajadoras, las urbanas pero sobre todo las rurales, estaban incorporándose a una situación tendencialmente revolucionaria en desarrollo, no exenta de enormes limitaciones, debilidades y desaciertos en tanto que tal pero, a fin de cuentas, revolucionaria. A comienzos de 1936 el poder constituido se propone liquidar dicha situación con el Frente Popular, la coalición contrarrevolucionaria de todos los partidos y sindicatos de la izquierda bajo la hegemonía política del republicanismo burgués, encabezado por Manuel Azaña.

Una vez que el Frente Popular fracasa en la tarea encomendada, destruir por una mezcolanza de procedimientos represivos, demagógicos y políticos la revolución popular espontánea es ascenso, no había más opción para los poderhabientes que la intervención militar. Ésta se complica debido a la situación internacional, pues una parte de las elites mandantes españolas, muy vinculadas al imperialismo anglo-francés, se niega a unirse con el bloque imperialista rival, la Alemania nazi y la Italia fascista, lo que lleva a una guerra de larga duración y particular encono. En ella los dos bandos, el republicano no menos que el franquista, tienen como tarea primordial la represión y desarticulación de la revolución popular.

El franquismo fue muchísimo más que un régimen sangriento y totalitario, pues las metas y fines que debía cumplir eran tan variadas como decisivas históricamente. En primer lugar, vertebrar lo que desde la Constitución de Cádiz, 1812, se denominaba España, en el sentido en que propone Ortega, haciendo que las clases subordinadas se habituasen a obedecer a las elites mandantes, con respeto reverencial por el Estado y admisión resignada del capitalismo. Este giro copernicano exigía una aculturación y desorganización inclementes de aquéllas, dislocando de raíz su rica vida comunal, fraternal, psíquica y

asociativa para hacer de cada persona un sujeto psíquicamente devastado y socialmente atomizado, por tanto, inerme ante los poderes constituidos.

Esa meta incluía también rebajar el tono vital del pueblo/pueblos y de sus integrantes, haciendo que la apatía sustituyese al entusiasmo, la debilidad a la fortaleza, la anomía a las reglas convivenciales autoconstruidas, la pérdida de los criterios morales a la existencia conforme a valores, la dependencia de las instituciones a la autonomía individual y el culto por el dinero a la preferencia por los bienes inmateriales. Ese individuo desarticulado, amorfo, asocial, monetizado y nadificado es asimismo obra señera del régimen de Franco.

Ello exigía transformaciones económicas básicas, siendo su suma una colosal operación de ingeniería social. En primer lugar había que triturar la fuente de todos los males para el poder constituido, la sociedad rural popular tradicional, lo que se hizo vaciándola de población, al pasar casi seis millones de personas a las áreas urbanas, en 1955-1970, además de cientos de miles que emigraron al extranjero, obrar que fue un alivio para el régimen de Franco, en varios sentidos. La industrialización, dinerización y salarización era la otra operación básica, asunto en que el franquismo alcanzó logros sobresalientes. La mecanización y quimización de la agricultura, el desenvolvimiento de la sociedad de consumo, la instauración del Estado de bienestar y la masiva incorporación de la juventud a la enseñanza media y universitaria, donde era convenientemente adoctrinada y amaestrada, son otros de sus principales logros.

El régimen de Franco desarrolló colosalmente el aparato del Estado no sólo en su parte militar y policial sino también en la funcionarial, universitaria, administrativa, empresarial (fomentando el capitalismo de Estado), financiera, fiscal, mediática y otras. Bajo su puño de hierro el gran capital industrial y bancario vivió un tiempo de bonanza excepcional, con una acumulación de la riqueza rápida e intensa y un notable retroceso de la propiedad artesanal, pequeña y familiar. El franquismo logró que el trabajo asalariado, la forma contemporánea de esclavitud, se hiciera ampliamente dominante. Lo conseguido en este ámbito permitió, en una fase posterior, crear la gran empresa multinacional española, obra de la izquierda en el gobierno, de 1982 a 1996.

El franquismo no se limitó a operar en la superficie del cuerpo social sino que fue a lo más profundo, a las causas primeras. Para hacerlo con éxito necesitaba mantener una situación de violencia institucional cotidiana, sin ni siquiera libertades formales, valiéndose de imponer un cambio degradatorio continuado en las formas básicas de existencia del individuo tanto como de la constricción y el terror. Llama la atención que la izquierda nunca criticase las fundamentales operaciones de permutación en la base de la sociedad que aquél

realizaba. El motivo es porque está de acuerdo con ellas, y cuando lo hacía es para señalar que eran “insuficientes” (poco desarrollo económico, poca devastación del mundo rural, poco consumo, poca arrogancia tecnológica, poca dislocación del sujeto medio, poco salariado, poca circulación monetaria, poca bancarización, poco desdén por lo espiritual, poca inmoralidad, etc.), manifestándose así más franquista que el propio franquismo.

Donde el fascismo español fracasó, al menos parcialmente, fue en la españolización de los pueblos diferenciados de la península Ibérica. Sobre todo en Euskal Herria y Cataluña encontró una resistencia notable, perseverante y creciente, también en Galicia y Canarias. Ahí no alcanzó sus metas.

Contemplando al franquismo con perspectiva histórica se concluye que fue el sistema político que culminó el proyecto y programa, a la vez histórico y estratégico, de la revolución liberal española, iniciado a comienzos del siglo XIX en Cádiz. Ésta, que durante casi siglo y medio no había podido ser realizada al completo por la variada, tenaz y heroica resistencia de los pueblos ibéricos, resultó decisivamente impulsada y casi del todo efectuada por el fascismo militar del régimen vencedor en la guerra civil.

El franquismo fue, en definitiva, un salto colosal hacia la creación de la sociedad actual, ayuna de libertades reales, una tiranía casi perfecta dominada por potestades económicas, políticas, mediáticas y educativas mega-poderosas, en la que los seres humanos son nadificados y lo humano global declina dramáticamente. Una sociedad que, de no ser resistida y derrocada con espíritu revolucionario, anuncia un futuro posthumano.

Retornado a los hechos básicos hay que enfatizar que hacia 1965, además, ya era adulta una nueva generación, nacida y criada bajo el franquismo, lo que también animaba a las clases mandantes a desembarazarse del ya entonces anticuado artilugio fascista. Lo ya logrado, que necesitaba ser consolidado, y lo no logrado, que se agravaba día a día debido a lo extemporáneo de aquel régimen, exigían un cambio en la forma política y jurídica de dominación.

## **COMIENZA LA TRANSICIÓN**

Los poderes fácticos deciden poner fin al franquismo por cinco motivos primarios: 1) éste ha realizado la gran mayoría de las tareas encomendadas, y aquéllas que no ha podido alcanzar se agravan por su existencia, 2) el cambio en las condiciones, propias e internacionales, ha hecho de él causa de problemas e inconvenientes, 3) la lucha popular espontánea es cada vez más poderosa y el franquismo sólo ofrece represión, lo que demanda legalizar partidos y sindicatos para

que encaucen y frenen aquélla, 4) la presión de los partidos políticos y sindicatos desde la clandestinidad, 5) la petición internacional de una homologación con el resto de Europa.

Esta interpretación niega algunos de los tópicos más arraigados. El franquismo, en lo cardinal, no resultó inviable por la movilización de las multitudes sino por su propia obsolescencia. La acción popular fue poderosa, en efecto, pero no llegó a constituir, ni mucho menos, una situación revolucionaria en ningún territorio, y ni siquiera alcanzó a tener la fuerza suficiente para imponer por sí misma un cambio formal de régimen. Dicho de otro modo: el franquismo se autonegó a sí mismo (o quizá sería más apropiado decir que mutó), dejando paso al actual régimen constitucional y parlamentarista. En realidad, las revueltas callejeras no fueron particularmente vigorosas hasta 1974-1976, y esto sólo hasta cierto punto, siendo entonces más la consecuencia de los cambios en curso que su causa. Al mismo tiempo, la fuerza y el actuar de la oposición políticamente organizada clandestina al régimen de Franco era específicamente débil, conciliadora e intermitente, de manera que como causa agente tenía escasa significación cualitativa.

El error analítico, empero, más importante es pretender que la acción antifranquista en la calle fue principalmente realizada por los partidos y sindicatos clandestinos, y no por la gente común, por colectivos, grupos, personas y comunidades apolíticas, sin ideología y ajenas a cualquier militancia. Tal inexactitud es expresada y alimentada por la historiografía vinculada a la partidocracia de la izquierda, con la intención de apropiarse de todos los méritos de la resistencia al franquismo, cuando lo cierto es que la gran mayoría de las acciones de rechazo, oposición y lucha surgieron de la actividad de las gentes comunes, y no de los partidos y grupos clandestinos, que hasta 1974 tenían una presencia social exigua, quizá con la excepción de en la universidad.

Las mejores y más significativas luchas de resistencia al franquismo se pueden dividir en cuatro tipos. En muchas de ellas, la mayoría, no hubo presencia de militantes clandestinos. Otro bloque estuvo formado por aquéllas en las que podía haber algún sujeto ligado a tales aparatos pero ocupando un lugar insignificativo o incluso del todo nulo y pasivo. Un tercer grupo engloba los acontecimientos en los que, aunque los partidos y sindicatos clandestinos tuvieron una cierta intervención, el esfuerzo principal lo realizaron gentes inorganizadas y anónimas. Finalmente queda un cuarto tipo, bastante minoritario, en que las movilizaciones se llevaron a cabo por las organizaciones antifranquistas como “vanguardia” de tales o cuales masas. Hay además un quinto conjunto, el de las acciones denostadas e incluso boicoteadas por las formaciones clandestinas debido a diversos motivos, lo que sucedió mucho más a menudo de lo que podría pensarse.

El apropiarse los méritos de lo realmente efectuado por las clases populares, expropiando historiográficamente a éstas, provino de la tendencia a falsear los hechos, habitual en los jefes de la izquierda antifranquista, que para darse importancia política se atrevieron a todo, también a presentar como “propias” acciones en las que no habían tenido ninguna actuación significativa, o incluso ninguna en absoluto. Particularmente descollante en esto fue Radio España Independiente, la emisora del Partido Comunista que transmitía desde un país del este de Europa, fuente consciente y planeada de exageraciones, medias verdades, simples mentiras, autobombo, propaganda, manipulación y desinformación, como andando los años admitieron sus responsables, y como resalta Paul Preston en **“El zorro rojo. La vida de Santiago Carrillo”**, una biografía que califica negativamente al que fue máximo jerarca del PCE en la Transición y a su equipo<sup>2</sup>.

El franquismo, en sus años finales tuvo tres oponentes en el interior del país. Uno, el principal, formado por las clases populares en sí, no por todas ellas (había en éstas un amplio sector indiferente y borreguil, el más numeroso, y uno más, reducido pero real, afecto al régimen) pero sí por una fracción cualitativa. El otro eran los aparatos clandestinos, de los partidos y sindicatos vencidos en la guerra civil y los que luego se habían ido formando, con una incidencia social muy parca. El tercer grupo, el decisivo fácticamente, era el de la burguesía y elites crecientemente convencidas, sobre todo desde 1965, que el fascismo ya no defendía sus intereses como antaño y que debía de ser desmontado y extinguido.

Así pues, reducir el antifranquismo combatiente al obrar de partidos y sindicatos clandestinos es adulterar y falsear la historia de un modo que no sólo no puede ser admitido sino que tiene que ser desautorizado<sup>3</sup>. Se hace con un fin poco honorable, otorgar todo el

---

<sup>2</sup> Dicho historiador expone que *“Carrillo era peor que Franco como mentiroso”*. Atención: peor que Franco. En muchos aspectos y asuntos, no sólo en ése, la izquierda fue, en efecto, peor que el fascismo. Lejos de poseer, como era esperable, una neta superioridad intelectual, política y moral sobre el franquismo se puso a su nivel o descendió por debajo de él. Eso explica que en los años del franquismo la gente de la calle, el trabajador medio, jamás admitiera a la izquierda en su fuero interno, de corazón, incluso cuando seguía alguno de sus llamamientos o repetía alguna de sus consignas. En esto también pesaba mucho el pésimo recuerdo del obrar de aquélla en la guerra, en particular del PCE-PSUC.

<sup>3</sup> Un libro que incurre en tal desacierto es el voluminoso **“Crónica del antifranquismo”**, Pedro Vega y Fernando Jáuregui, obra por lo demás rica en errores fácticos, como puede constatar quienquiera que fuera actor o participante en alguno de los asuntos que narra. Se necesita una investigación imparcial de las acciones contra el franquismo, clasificándolas en las cuatro (o cinco) categorías antes citadas. Además, hay que indagar más en la contradicción, antes insinuada, entre clases populares y partidos de izquierda clandestinos durante el franquismo, pues debido al insaciable deseo de éstos últimos de mando, manejo y dominación sobre la gente sencilla se producían graves desencuentros y fricciones. El libro citado no es el único que yerra, dado que prácticamente todos los que tratan este asunto sostienen el mismo punto de vista. De ese modo niegan al pueblo/pueblos toda o casi toda presencia, autonomía, obrar independiente y méritos en la resistencia antifranquista, lo que es no sólo un error descomunal sino una bellaquería.

mérito a los actuales partidos ocultando y negando lo hecho por la gente común, en particular los partidos de la izquierda, que son magnificados de dos maneras, como víctimas supuestamente preferentes del terror fascista y en tanto que principales luchadores antifascistas. Pero lo cierto es que hasta 1974, con la excepción de la universidad (espacio acotado a los hijos de la burguesía, que combatían al franquismo precisamente por serlo), la izquierda apenas tenía presencia e incluso no la tenía en absoluto.

PSOE y UGT no existían dentro del país, dejando a un lado unos parvos círculos, muy reducidos numéricamente y casi todos inactivos por miedo pánico a la policía política<sup>4</sup>. El PCE (al que luego se denominaría “El Partido” para expresar que era el único que existía realmente en la clandestinidad) hasta el año citado tenía una presencia e influencia bastante reducidas entre las clases trabajadoras, lo mismo que los grupos marxistas-leninistas, maoístas y trotskistas que decían estar a su izquierda, aunque copiaban la política de aquél adobándola con una terminología más “radical”. En Cataluña y el País Vasco había formaciones nacionalistas igualmente débiles, inactivas e inoperantes, salvo alguna excepción parcial, pues si nos preguntamos qué era, por ejemplo, el PNV en el interior, no en el exilio, antes de 1974, tenemos que contestar que muy poco.

Una prueba obvia del fracaso del antifranquismo, del partidocrático pero también del popular, es no sólo que Franco falleció en la cama el 20 de noviembre de 1975 y gozó de unos funerales pacíficos, barrocos y prolongados sin que hubiese respuesta significativa en la calle, sino que la liquidación del régimen que aquél encabezó la efectúa el propio franquismo. Ésta es la cuestión decisiva.

Quienes deforman y adulteran la historia contemporánea, al tratar sobre el tránsito del franquismo al parlamentarismo se centran en describir las peripecias de las organizaciones clandestinas y en narrar las movilizaciones populares en curso, olvidando que eso es sólo parte y no lo decisivo ni lo principal de lo que aconteció. Si se desea ir

---

<sup>4</sup> La resurrección de ese cuerpo muerto que era el PSOE, y con él la UGT, en el interior del país hasta 1974, se hace desde el poder del Estado y con la colaboración de todas las fuerzas de la reacción occidental. Su congreso de Suresnes, en ese año, donde tiene lugar el milagro, es preparado del modo que describe Joan E. Garcés en **“Soberanos e intervenidos. Estrategias globales, americanos y españoles”**, fue *“organizado por Francia, financiado por Alemania, aprobado por Washington con el conocimiento de los servicios de información de Franco”*. Así cualquiera. Son varios los estudios que narran las actuaciones de los servicios de inteligencia de EEUU en la configuración y lanzamiento del nuevo producto político, el PSOE-UGT en aquellos años, lo que enfatiza Alfredo Grimaldos en **“La CIA en España”**. Aquél, que prácticamente no existía dentro del país a comienzos de ese año, era una fuerza ya operante en 1975. Ello prueba lo fútil y falso de los partidos, meros instrumentos de los Estados, que éstos crean y descrean a su albedrío, y en los que únicamente personas notablemente simples y cándidas, ansiosas de ser mentidas y ser engañadas, pueden confiar. Es más, que la principal izquierda española en la Transición fuera en gran medida una construcción del SECED, la CIA, etc. muestra la verdadera naturaleza de la izquierda.

al meollo hay que analizar el acontecimiento verdaderamente determinante, el que va a permitir que sean convocadas elecciones “libres” el 15 de junio de 1977 y sea elaborada una nueva Constitución el año siguiente, formalmente refrendada el 6 de diciembre de 1978 (la hoy vigente), porque esos dos sucesos prueban que el franquismo había sido sustituido por un nuevo sistema, de naturaleza parlamentaria. Tal evento fue la Ley para la Reforma Política de diciembre 1976/enero de 1977.

El presidido por Franco fue un régimen con un alto grado de legicentrismo. Durante los cuarenta años que estuvo vigente promulgó nada menos que siete leyes fundamentales: Fuero del Trabajo (1938), Ley Constitutiva de las Cortes Españolas (1942), Fuero de los Españoles (1945), Ley de Referéndum Nacional (1945), Ley de Sucesión a la Jefatura del Estado (1947), Ley de Principios del Movimiento Nacional (1958) y Ley Orgánica del Estado (1967). Consecuente con esa particularidad, se autoliquida con una nueva norma legal, la Ley para la Reforma Política, ya citada. Esto muestra, dicho sea de paso, que el franquismo fue un Estado de derecho, de derecho fascista.

Dicho documento jurídico fue presentado a las cortes franquistas en noviembre de 1976 por el gobierno de Adolfo Suárez. Resultó aprobado por los votos de 425 procuradores (todos ellos designados, de un modo u otro, por Franco), con 59 en contra y 13 abstenciones. Sometida a referéndum (en el que los partidos políticos, todavía ilegales, no pudieron explicarse), tuvo una participación del 78% del censo, con el 94% de los sufragios a favor. Su esencia era sustituir la “*democracia orgánica*” franquista por un régimen de “*democracia representativa*” el hoy existente<sup>5</sup>. Una vez promulgada en enero del año siguiente, el gobierno convocó elecciones a cortes constituyentes para junio de 1977, en las que participaron todos los partidos políticos. En el medio año que transcurrió entre ambas fechas el gobierno de Adolfo Suárez fue desmontando lo adjetivo e inesencial del régimen fascista, para lo que se sirvió de 37 decretos-leyes, diversas ratificaciones de convenios internacionales, otras normas jurídicas singulares, etc. En julio de 1976 la Ley de Reforma del Código Penal ya había establecido la posibilidad legal de existencia de partidos políticos.

Yendo “*de la ley a la ley*”, del viejo orden fascista al nuevo orden parlamentarista, las oligarquías españolas se libraron, sin

---

<sup>5</sup> Esta operación, la principal de la Transición y la que la contiene como meollo, es explicada con exactitud en “**Lo que el rey me ha pedido. Torcuato Fernández-Mirando y la reforma política**”, Pilar y Alfonso Fernández-Miranda. Quien fuera presidente de las Cortes y del Consejo del Reino entonces, T. Fernández-Miranda, se encargó de idear y transitar la vía legal para pasar desde la legislación franquista a la “democrática”. Con ingenio, se sirvió de los artículos 10 y 15 de la Ley de Sucesión en la Jefatura del Estado, de 1947 modificada en 1967, así como de algunos otros artículos de la Ley Orgánica del Estado, de 1967, para autoliquidar y finiquitar el fascismo español sin apartarse de la legalidad. Un estudio posterior de esta histórica intervención política y jurídica se encuentra en “**Una ley para la Transición. XXV Aniversario de la Ley para la Reforma Política (4 de enero de 1977)**”, VVAA, 2002.



traumatismos y con un innegable buen hacer, de su propio régimen, vencedor en la guerra civil, que antaño les había sido tan imprescindible como hogaño embarazoso.

Para esas fechas los poderhabientes necesitaban de otros instrumentos políticos partidistas, justamente de los que habían resultado vencidos en la guerra. Los partidos perdedores en 1936-1939 fueron los ganadores en 1977-1982. En particular, el izquierdismo, con el PSOE y subordinadamente con el PCE, se hizo la ideología política mejor y más deseable para el capitalismo entonces, al mismo nivel y grado que el falangismo lo había sido cuarenta años antes.

La ocultación o menosprecio de la intervención y acción popular en los acontecimientos históricos, para otorgar a minorías, elites y vanguardias el protagonismo es el meollo mismo de la historiografía hecha desde arriba. Frente a tal construcción ideologizada hay que enfatizar que los hechos históricos no han acontecido de ese modo y que el pueblo es fuerza creadora, activa y transformadora, aunque no potencia absoluta, consciente de sí, omnisciente y autosuficiente. Admitir la centralidad de lo popular no significa rebajarse a suscribir el ideario populista, o demagogia adulatoria de la plebe, pues lo popular ha de ser objeto también de un estudio imparcial que determine sus contradicciones internas, por tanto, sus enormes debilidades y decisivos yerros al lado de sus lados fuertes y aciertos, como luego se hará para la Transición.

No sólo fue la casta política franquista la que proyectó, preparó y efectuó la Transición, pues en ello cooperó de forma determinante el ejército. Sobre esta cuestión, la intensa y múltiple actividad política del primordial poder militar para propiciar, es más, para dirigir y controlar la mutación autoinducida del franquismo en “*democracia representativa*” se sigue ocultando casi todo, valoración que se alcanza tras evaluar numerosos indicios, sólo a medias conocidos. Una excepción, si bien bastante parcial, es “**El sueño de la Transición. Los militares y los servicios de inteligencia que la hicieron posible**”, Manuel Fernández-Monzón y Santiago Mata. El primero de los dos, o autor principal, se retiró como general de brigada, habiendo estado vinculado al SECED (luego Cesid, constituido en 1977, y después CNI), el servicio de información e inteligencia militar creado en 1972, una fecha bien significativa.

Expone el activo papel político que desde 1973 tuvieron “*oficiales (del ejército) especialistas en asunto relativos a la política y la subversión*”, quienes llegaron a ser “*tutores*” de los políticos antifranquistas también, y muy probablemente sobre todo, de los jefes del PSOE, en particular Felipe González. Según dicho autor, el “*diálogo entre militares y civiles en la pretransición*” fue habitual, aunque Fernández-Monzón calla mucho más que lo que expone.

Se refiere también a la intrusión de EEUU en el proceso de cambio, que se hizo intensa desde que en 1971 el presidente Nixon envía a entrevistarse con Franco al general V. Walters, que era además director adjunto de la CIA. En los años posteriores menudearon las visitas de altos mandatarios de esta organización. Según dicho libro, el almirante Carrero Blanco aceptaba y propiciaba el proceso de la transición a la “*democracia*”, para lo que daba apoyo en la sombra a dirigentes tan destacados de la izquierda como Felipe González en el PSOE y Ramón Tamames en el PCE.

El ejército suele ser descrito, en los fútiles estudios habituales sobre esos años, como el sector “duro” e intransigente del franquismo, una especie de horda de trogloditas impermeables a toda racionalidad política. De ese modo, los historiadores y publicistas de la izquierda presentan los notables servicios de ésta al sistema de dominación entonces como una “victoria” sobre el aparato militar. Esta novelaría forma parte de la interesada interpretación sobre que fue ella, la izquierda, la que con sus supuestas gigantescas movilizaciones al frente de la clase obrera y el resto de las clases populares “obligó” al poder constituido a liquidar el franquismo. Pero ¿cuáles fueron tales luchas? Lo cierto es que aquélla manifestó siempre sus limitadas fuerzas, su alejamiento de las clases populares, su impotencia estratégica. La durísima, en todos los sentidos, ejecutoria represiva de la izquierda, en particular del PCE-PSUC, en la guerra civil resultó ser un obstáculo insalvable para que en la Transición lograra suficiente respaldo popular.

Así las cosas, el ejército, desde 1973 e incluso desde bastante antes, se repartió internamente dos papeles políticos. Una minoría de sus mandos, pocos pero con presencia mediática, continuaron defendiendo el régimen franquista y amenazando con una involución política. Su función era útil al conjunto porque metían miedo, mostrando que si la situación se desmandaba hacia una situación revolucionaria habría otro baño de sangre como en 1936. Pero la gran mayoría del ejército, en realidad éste como institución, estaba a favor del cambio al parlamentarismo, igual que lo estaba la casta política franquista. Comprendía cuáles eran, en esas fechas, las necesidades estratégicas de las elites del poder, por tanto, las suyas propias como institución decisiva. A algunas, unas pocas solamente, de sus actuaciones de esa naturaleza se refiere Fernández-Monzón<sup>6</sup>.

---

<sup>6</sup> El libro “**Memoria oculta del ejército. Los militares se confiesan (1970-2004)**”, Francisco Medina expone, aunque de manera más embrollada y sin añadir nada nuevo particularmente importante, lo mismo que la obra citada. Frente al tópico de un ejército mayoritariamente “franquista” en la Transición está, entre otros datos, por ejemplo, el de que se calcula que en la elecciones de 1982 al menos el 24% de los oficiales votaron a la izquierda, al PSOE en concreto, sin olvidar que cuando el golpe de Estado de febrero de 1981 la amplia mayoría del ejército permaneció afecta al régimen constitucional organizado conforme a la Constitución de 1978. Medina se refiere también, aunque de manera vaga, a las relaciones entre el ejército y el PCE durante la Transición, asunto con mucha más miga de lo que parece, que futuros estudios deberían esclarecer.

Así pues, el ejército, que había sido el núcleo del fascismo, el primordial partido fascista español por decirlo de una manera gráfica, debido a la debilidad del fascismo civil en 1936, fue uno de los poderes fácticos que dirigió en la sombra el paso del franquismo al parlamentarismo en 1974-1978. Como institución se aglutinó muy mayoritariamente en torno a esa línea estratégica, quedando dos reducidas minorías internas, a un lado y a otro, discrepantes. Por una parte el sector franquista, o ultra, vocinglero y fanfarrón pero escuálido numéricamente, cumpliendo además una función política de notable significación, como se expuso. Por otro, la UMD (Unión Militar Democrática), una organización clandestina de centro-izquierda con un confuso programa y unos más confusos objetivos, también corta en lo numérico<sup>7</sup>.

En suma, el ejército en tanto que aparato institucional decisivo tomó posición en la Transición a favor de lo que efectivamente tuvo lugar. Es más, lo que aconteció fue, en gran medida, obra suya.

El poder militar, desde principios del siglo XIX hasta el presente ha sido una institución ultra-política, con sus altos mandos ejerciendo de espadones explícitos o en la sombra. Así aparece también en la Transición. El ejército español se cree destinado a dirigir y mandar a la sociedad civil, y lo hace día a día, se note o no se perciba, se muestre o se oculte.

## **EL PARTIDO COMUNISTA EN LA TRANSICIÓN**

En 1965 Santiago Carrillo, jefe del comunismo español, publica el libro **“Después de Franco, ¿qué?”**, un ardoroso elogio del régimen de dictadura constitucional, partitocrática y parlamentaria, que tilda de *“democracia para todos los españoles”*, concretado en un programa de seis puntos. Eso quería decir que los ricos y el ente estatal podían contar con el PCE para desembarazarse ordenadamente del franquismo y establecer un régimen como el existente en Francia o Italia. Su criterio estratégico, el *“Pacto para la libertad”*, proponía un gran acuerdo de todas las fuerzas institucionales y todas las clases sociales para prescindir del viejo régimen, oponiéndose a cualquier salida revolucionaria a la crisis del orden fascista español. El segundo momento de su estrategia era *“la democracia política y social”*, una imprecisa entelequia que, a fin de cuentas, se reducía a un orden capitalista con un Estado de bienestar supuestamente bien abastecido de pensiones y prestaciones degradantes, de dádivas y limosnas corruptoras, para la plebe.

---

<sup>7</sup> En **“Capitanes rebeldes”**, Fernando Reinlein, uno de los fundadores de la UMD, cuantifica del modo que sigue la adhesión de oficiales y suboficiales de las tres armas a su organización durante todo el tiempo que existió, en 1975-1978 aproximadamente, *“no más de ciento cuarenta comprometidos... de los que unos sesenta o setenta eran muy activos”*.

Tales formulaciones son repetidas por Carrillo y su partido en sucesivos documentos durante los años siguientes, en **“La lucha por el socialismo hoy”**, 1969, en **“VIII Congreso del Partido Comunista de España”**, 1972, (hay una versión resumida, de título **“Hacia la libertad”**, de Santiago Carrillo y Dolores Ibárruri) y en **“Hacia el post-franquismo”**, 1974. En el cénit de la evolución del franquismo hacia un orden parlamentario es presentado el **“Manifiesto-Programa del Partido Comunista de España”**, julio de 1975. Todos estos textos se reducen a un mismo e idéntico contenido, y con más o menos fraseología marxista transmiten una intensa fobia a la revolución popular. Ésta era el enemigo número uno a batir por franquistas y antifranquistas partidistamente organizados.

Hasta 1974 el PCE tenía, como se ha expuesto, una limitada presencia en el interior, operando clandestinamente (a veces sólo semi-clandestinamente) en la universidad, en diversos círculos intelectuales y en algunos barrios obreros, fábricas y pueblos, poseyendo también cierta influencia entre los trabajadores españoles inmigrantes al centro y norte de Europa. En total poco, aunque efectivamente era algo en comparación con el vacío político existente, creado por el régimen. Una vez que el movimiento de masas espontáneo había comenzado a crecer y radicalizarse, a finales de los años 60, se hizo evidente que el Estado y la patronal necesitaban de aquél para controlar y domesticar dicho movimiento.

El PCE estaba financiado por los países del socialismo real y promovido de facto por el franquismo. Dado que la propaganda de éste tildaba de “comunista” a cualquiera que se le opusiera, discrepase o resistiera (imputación que en el 99% de los casos era falsa y calumniosa), lo que resultó es que el partido comunista fue elevado a fuerza opositora por antonomasia al régimen de Franco, singular proceder que le otorgó una credibilidad y prestigio nada despreciables. No es posible averiguar si eso fue un error involuntario del aparato fascista de propaganda o una providencia adrede.

El irreversible deterioro de la salud de Franco en 1974 unificó los criterios en el seno de las elites del poder, en el sentido de que el cambio al parlamentarismo no podía demorarse más. El PSOE, desde hacia decenios un fósil político, fue revitalizado, al mismo tiempo que se sentaban las bases para la construcción casi desde cero de otras fuerzas políticas de centro y derecha. Adolfo Suárez, político profesional del franquismo más ortodoxo, fue encargado de ejecutar la operación desde la presidencia del gobierno. Un poco antes se había formado la Junta Democrática<sup>8</sup>, en el exilio y la clandestinidad, donde el PCE

---

<sup>8</sup> Los textos de ésta, así como de otros organismos unitarios de la partitocracia antifranquista durante la Transición, se encuentran en **“Oposición española. Documentos secretos”**, E.D.P., 1976. Ciertos estudios de los acontecimientos de la época otorgan a tales organismos, existentes entre 1974 y 1977, una influencia que nunca tuvieron. Se redujeron a una endeble superestructura que sobrenadó sobre los

compartía programa con diversos personajes del capitalismo español, alguno de más que oscura trayectoria.

Dicho partido era endeble y débil en numerosos aspectos. Por un lado poseía en el interior del país una base militante reducida, además de poco eficiente, aunque voluntariosa y fiel. Por otro, su secretario general, Santiago Carrillo, podía ser presionado debido a su pasado en la guerra civil. En el otoño de 1936 siendo consejero de orden público de la Junta de Defensa de Madrid habían tenido lugar las espeluznantes matanzas de presos calificados de fascistas, quizá hasta 2.500 personas, asunto en que aquél tuvo una responsabilidad fundamental, aunque compartida con el resto de la Junta de Defensa y el gobierno de la república (huido a Valencia). Carrillo, a pesar de esto, fue convertido en mediático personaje de moda en 1976-1978, con un gran número de instituciones y personalidades riéndole las gracias. Lo cierto es que el PCE, durante la Transición, tuvo como caudillo a un sujeto implicado en crímenes contra la humanidad, lo que dice muchísimo sobre su naturaleza real.

Así las cosas, el presidente Suárez diseñó un plan para poner al PCE ya de una manera efectiva y definitiva al servicio del sistema de poder renovado. Le ofreció la legalización, con las prebendas políticas, mediáticas y, sobre todo, económicas, que ello lleva aparejado a cambio de que persistiera en su línea de defensa del parlamentarismo, con aceptación de la monarquía y de la bandera franquista como añadidos, renunciando a la enseña republicana. Lo medular del arreglo era que el Partido Comunista se obligaba a *“frenar los movimientos que agitaran la vida del país, en contrapartida a su legalización”*<sup>9</sup>. Así fue. Hecho legal en abril de 1977 de inmediato se puso a obstaculizar y, cuando le era posible, desautorizar y arruinar las movilizaciones proletarias y populares.

Al hacerse garante de la paz social y campeón de la ley y el orden, el PCE fue la pieza clave de los Pactos de la Moncloa, suscritos en octubre de 1978 por todos los partidos parlamentarios y dirigidos a garantizar e incluso incrementar los beneficios de la patronal, aunque sobre todo a estabilizar económicamente al nuevo régimen. Previamente a ellos, la economía española atravesaba un delicado momento, con una elevada inflación, declive de la acumulación de capital, excesivo déficit estatal, etc. En particular, el número y radicalidad de las luchas de los trabajadores estaba aumentando de forma notable los salarios y poniendo límites a las condiciones de explotación en las empresas, lo

---

acontecimientos, poniendo al descubierto, muy a su pesar, la debilidad e impotencia de la oposición partidocrática al franquismo.

<sup>9</sup> En **“Adolfo Suárez. Historia de una ambición”**, Gregorio Morán.

que era indeseable para la clase empresarial<sup>10</sup>. Los Pactos de la Moncloa, al garantizar la subordinación de los asalariados a las exigencias de los patronos, mejoraron las expectativas de éstos y dotaron de una nueva estabilidad al capitalismo español, a costa de un retroceso (aunque parcial y circunstancial) en el nivel de vida de las clases productoras.

Dando un paso más en la subordinación a los poderes mandantes en España y en Occidente, el PCE se alineó con EEUU en su pugna mundial contra la otra superpotencia, la Unión Soviética. Una sucesión de declaraciones críticas sobre el denominado “socialismo real”, realizadas por los jefes de aquél partido, culminó con la publicación por Santiago Carrillo de **“Eurocomunismo y Estado”** en 1977, donde desautoriza el orden social imperante en el este de Europa para, pretendidamente, establecer una nueva *“vía al socialismo”*, consistente en la profundización del régimen parlamentario. En esta operación contó con el respaldo del PC Italiano, y mucho menos, con el del PC Francés. En un momento difícil para EEUU, coyunturalmente a la defensiva frente a su rival tras la derrota en Vietnam, la realineación del comunismo español a su favor fue una baza positiva, pequeña a escala planetaria pero no despreciable. A cambio el PCE esperaba extraer fuertes beneficios en poder e ingresos monetarios, alcanzando hasta un tercio de los votos...

El más fundamental servicio al sistema de dominación lo realiza dicho partido con su destacadísima participación en la elaboración y popularización de la Constitución de 1978. Con ella culmina la construcción del nuevo orden, de la nueva dictadura constitucional, parlamentarista y partidocrática que iba a sustituir a la vieja dictadura fascista. Dicho texto político-jurídico primordial pone fin a la fase de confusión, defensiva, crisis e inestabilidad que había atravesado el Estado español desde hacía un decenio, culminando la Transición y dotando a la reacción de una herramienta política y legal decisiva. Con ella aquél entra en una etapa de ofensiva estratégica que le va a permitir ir paso a paso desmontando y liquidando las diversas manifestaciones de oposición, descontento e insurgencia popular.

El PCE participó con uno de sus cuadros en la comisión de siete personas que por mandato de las cortes elaboró el borrador de la nueva Constitución, aunque su actuación en este asunto fue mucho mayor que lo que ese dato sugiere. Junto con el PSOE, que tuvo también a uno de sus prebostes en la citada comisión, desempeñó una función de primerísima importancia en hacer aceptable la Constitución a las clases asalariadas. Todo esto sólo la izquierda podía hacerlo, y sólo ella, y lo hizo a conciencia. Ésta es, indudablemente, la mayor prueba para esos años de la naturaleza contrarrevolucionaria, antipopular y procapitalista de la izquierda.

---

<sup>10</sup> En **“El declive de los dioses. Los secretos de la Transición económica española desvelados por un testigo de excepción”**, Mariano Guindal.

Con la elaboración, aprobación y promulgación de la **“Constitución Española”** del 6-12-1978 queda cerrada la crisis del Estado, iniciada en 1974, en realidad bastante antes, hacia 1965 como se ha expuesto. La operación de mudanza en la forma de dominación culmina con éxito y los movimientos populares entran, a partir de esas fechas, en una fase de reflujo y retirada.

¿Qué recibió el Partido Comunista como retribución por sus decisivos servicios al Estado y al capitalismo en un momento relativamente difícil? La legalización incluía acariciar la esperanza de unos resultados electorales magníficos, que le convirtieran en el centro de la vida política parlamentaria, con decenas de miles de cargos estatales bien remunerados a su disposición en los organismos estatales centrales, municipales y autonómicos (éstos por crear). Estaban también los puestos en los organismos del capitalismo de Estado, fundaciones, cajas de ahorro (la banca nacionalizada -o nacional- sui generis, uno de los mejores pastaderos de la partidocracia de derecha e izquierda hasta el día de hoy), ONGs (entes institucionales bastante comunes para premiar a estómagos agradecidos) y similares. Igualmente, disfrutó de los subsidios otorgados por el Estado a los partidos políticos y de los préstamos de facto a fondo perdido de la banca, que en cada campaña electoral otorga a la izquierda (también a la derecha, por supuesto) sin exigencias serias de devolución. Asimismo, el PCE recogió, a través de su filial sindical, CCOO, numerosos beneficios complementarios, en la forma de locales y otras posesiones del sindicato vertical falangista. Y por medio del sistema de liberados sindicales unas 100.000 personas afectas al PCE se “emanciparon” del trabajo asalariado, convirtiéndose en servidores explícitos de los empresarios y en integrantes de las clases ociosas y explotadoras, en nueva burguesía. Estaba además, no se olvide, la corrupción, permitida e incluso fomentada desde el poder y por él, para conseguir servidores sumisos y fieles<sup>11</sup>.

---

<sup>11</sup> Un ejemplo paradigmático de corrupción personal a gran escala lo ha proporcionado quien durante muchos años fue caudillo indiscutible del sindicato SOMA-UGT en Asturias, José Ángel Fernández Villa, en 2014 imputado por apropiarse ilegalmente durante años de al menos 1,4 millones de euros. Este personaje, un referente para el obrerismo español, militó en la Transición en la extrema izquierda, al parecer, de donde luego, como tantos, pasó al socialismo. Fernández es uno más entre los muy numerosos aprovechados y logreros del antifranquismo izquierdista salvo en que, por razones imposibles de saber (probablemente un oscuro ajuste de cuentas dentro de su organización), ha sido denunciado y procesado. Miles y miles similares a él disfrutaban con tranquilidad y seguridad de lo conseguido. En el PCE, y en IU (su continuador), particular nombradía ha logrado en esta materia José Antonio Moral Santín, teórico marxista con varios libros publicados y alto dirigente de ese partido luego procesado por sus corruptelas en Caja Madrid (hoy Bankia). Que buena parte de la izquierda antifranquista ha sido y es venal queda recogido en unas declaraciones de Paul Preston en 2015, el conocido historiador ya antes citado, quien sostiene que *“la corrupción ha ido a peor... la gente de izquierdas (terminada la dictadura franquista) debió pensar: “ahora nos toca a nosotros”*”. Así fue. Eso indica cuáles eran las metas de aquélla en su forcejeo con el régimen de Franco, un simple quítate-tu-para-ponerme-yo. Resulta bastante difícil ser de la izquierda y no ser corrupto, debido al culto exaltado y excluyente por la riqueza material que aquélla tiene en el meollo de su teoría guía.

Así pues, lo que sobre todo obtuvo el Partido Comunista con la operación de integración en el sistema parlamentario fue dinero. Sus jefes y cuadros intermedios encontraron en los acontecimientos analizados un modo de acopiar, para su partido y para sí mismos como individuos, notables cantidades de numerario, además de poder y fama. En puridad, podría decirse que el Estado español y la clase empresarial en la Transición compraron en el mercado de la baja política una entidad llamada PCE (PSUC en Cataluña), con el añadido de una central sindical amarilla, CCOO.

Quienes consideren esta parte de nuestra historia en términos ideológicos y políticos, sin situar en primer lugar al dinero, se confunden. Una prueba de ello es que en las innúmeras reyertas internas que han ido teniendo lugar en el PCE (y luego en su continuación, IU) desde su legalización la causa de todas ellas ha estado en la pendencia por los cargos estatales y las prebendas anejas, esto es, por dinero, sin que las motivaciones de naturaleza doctrinal o teórica hayan sido otra cosa que toscas verbalizaciones justificativas.

La izquierda, como es sabido, únicamente cree en la riqueza material, en el dinero, con lo que ella misma se hace venal, adquirible y negociable por naturaleza. Así es como la desea el capitalismo, de quien es instrumento decisivo, particularmente en los momentos difíciles. Por eso, dicho sea de modo anejo, únicamente un sistema de convicciones sustentado en la primacía de los valores inmateriales puede ser verdaderamente anticapitalista, entre otros motivos por capaz de autorrealizar personas inmunes (o en el peor de los casos, menos vulnerables) a la seducción de la abundancia del consumo, los bienes disfrutables y el tintineo de lo monetario. Por eso el marxismo, con su fervor contrarracional por la plétora de lo material y la riqueza disfrutable, es una expresión entre otras de la cosmovisión burguesa, y por tanto una ideología impropia para realizar una sociedad sin capitalismo.

En los hechos, la historia real del PCE en la Transición fue una versión ramplona del cuento de la lechera. Su condición de “El Partido” era mucho más fachada y farfolla que realidad, comenzando con que en los inicios de 1974 no debía tener más allá de unos escasos miles de militantes en el interior, la mayoría de ellos acobardados e inactivos, aunque sus jefes filtraban a la prensa cifras fantásticas de afiliación, una más de sus muchas ficciones triunfalistas. Aquejado de numerosas deficiencias y disfuncionalidades, y bastante aislado de la realidad social y de las clases populares, a partir de 1977 fue de fiasco en fiasco.

En las elecciones a cortes constituyentes de 1977 se tuvo que contentar con el 9,4% de los votos emitidos, cifra alejada de sus esperanzas de emular al PC Italiano alcanzando un tercio de los sufragios. Tal dato muestra que era una construcción artificial y circunstancial, un castillo de naipes. En las de 1979 mejora algo pero



en las generales de 1982 se despeña hasta el 3,8%. En cinco años “El Partido” había quedado rebajado a agente político irrelevante. Por lo demás, su anterior tirón, sortilegio y reputación se habían esfumado.

¿Qué había fallado? En primer lugar los contenidos, la línea y el programa. Sus documentos y textos fundamentales son además de reaccionarios y vulgarmente burgueses asombrosamente superficiales y sin sustancia, mero simulacro. Se construyen a partir de errores e ignorancia<sup>12</sup>, de tópicos y lugares comunes. Muestran estar escritos por individuos sin nada en la cabeza, salvo una implacable voluntad de poder, y dirigidos a sujetos no menos vacíos intelectivamente. Con tal pacotilla ninguna organización, ni ninguna persona, pueden edificar algo perdurable. Esto muestra que una vez que se renuncia a la idea de revolución, de transformación total suficiente del individuo, el sistema de convicciones y la sociedad, el declive de las funciones reflexivas suele ser inevitable en política.

El PCE tuvo un eficaz espacio político propio mientras no hubo otros partidos, por causa de la represión franquista, pero una vez que éstos fueron creados su pueril y rudimentario programa de defensa del régimen parlamentarista (al que como la burguesía calificaba de “democracia”) se hizo compartido y general. Con ello perdió la exclusiva política y se vino a tierra. En particular, el relanzamiento del PSOE desde las alturas del poder, con la cooperación de la socialdemocracia alemana y el imperialismo EEUU, segó la hierba bajo los pies a los comunistas españoles. Que éstos no lograran inteligir una verdad tan simple, que se desprendía de su propia política, manifiesta su enorme debilidad analítica.

Su descomunal alejamiento de la realidad, su robusta y autosatisfecha ignorancia, la incultura de jefes y cuadros, absorbidos por el maquiavelismo propio de la politiquería, se ponen de manifiesto en todo su actuar. Más allá de las loas al parlamentarismo en sus textos no había nada digno de mención, lo que significa que los grandes problemas de aquel tiempo carecían de tratamiento y propuestas en la

---

<sup>12</sup> En **“Miseria y grandeza del Partido Comunista de España, 1939-1985”**, Gregorio Morán concluye que este partido se ha caracterizado por *“cuarenta años de análisis ininterrumpidamente equivocados en lo fundamental”*. La realidad es todavía peor, pues no son ni siquiera equivocados sino inexistentes, un océano de palabras vacías formuladas a la sombra del fascismo, cuya brutalidad era, al parecer, justificativa de tanta estulticia. Cuando dicho partido se decidía a decir con cierta coherencia tenía que copiarlo a su manera del discurso oficial. Es el caso del libro **“Un futuro para España: la democracia económica y política”**, con prólogo de Santiago Carrillo y de autoría anónima (probablemente, es de Ramón Tamames, próximo al PCE primero y luego uno de sus jefes), París 1967. Copia la política económica del franquismo con la particularidad de que propone llevar sus medidas y proyectos hasta las últimas consecuencias. Frente al capitalismo franquista este libro ofrece el hiper-capitalismo marxista, imposible de tan tremendo, letal e hipertrofiado... Tamames, por un tiempo, declaró ser un enamorado de Joaquín Costa, pero sólo tomaba del prócer aragonés su monomanía desarrollista y productivista, ignorando la parte de su obra dedicada a apreciar los saberes populares. Para el PCE-PSUC las clases populares carecen de cualquier sabiduría y cultura autocreadas, siendo meramente “masas”, rebaño a adoctrinar, manipular y pastorear por la “vanguardia del proletariado”, o sea, por él.

línea del PCE-PSUC. Tal estado de cosas no podía ser modificado por ninguna forma de activismo.

Todo ello estaba agravado por su alejamiento de las clases trabajadoras. Hacia 1974 el grueso de sus cuadros era de origen burgués, a menudo estudiantes, licenciados universitarios o profesionales de clase media “proletarizados”. Éstos no eran capaces de compartir la existencia diaria de las clases populares, de las que les separaban un abismo cultural, moral y emocional, justamente el que divorcia al pueblo de las minorías mandantes. Eso creaba fricciones continuas, e incluso conflictos fuertes, con una desconfianza mutua permanente. Se llamaba “*el partido de la clase obrera*” pero en su aparato los obreros eran una minoría marginal.

El PCE de la clandestinidad llegó a estructurarse como una secta politicista-activista, un gueto cerrado sobre sí mismo, con sus rituales, indumentaria, lenguaje, códigos, endogamia y modos de vida propios, otros y diferentes a los de la gente común. Esas prácticas de secta manifestaban su vocación de nueva burguesía y nuevo aparato estatal, dispuesta a hacerse con tanto poder para sí a costa de las clases trabajadoras como las circunstancias lo permitieran, si era posible creando un nuevo Estado y un nuevo capitalismo, si no lo era integrándose en el existente, que fue lo que hizo.

La experiencia de la militancia se concretaba en una vida aislada del pueblo y de la realidad, hecha de infinitas reuniones, convertidas en ejercicios de vacía verbosidad, y de operaciones de activismo para la difusión de panfletos y otros textos clandestinos, además de participar en algunas luchas reivindicativas de cuando en cuando. Esas tres actividades ocupaban todo el tiempo de sus bases. La irreflexión y la ignorancia, el politicismo-economicismo excluyentes del resto de las vivencias, el embrutecimiento y la desestructuración personal, fueron la concreciones de ese modo de existencia, que muy pocos eran capaces de mantener más allá de unos cuantos años. Quienes hacían del panfleto su herramienta terminaban siendo ellos mismos un panfleto viviente, esto es, seres disminuidos, lisiados y deshumanizados, que los jefes del PCE usaban conforme a sus necesidades políticas.

La escasa calidad humana del militante medio comunista se hizo un problema de primera importancia política desde el momento de su legalización, en la primavera de 1977, cuanto quedó obligado a actuar a la luz del día, perdiendo las ventajas de la clandestinidad, en cuyas tinieblas “*todos los gatos son pardos*”, como dice el aforismo. En ese momento el prestigio del PCE se desmoronó. Los hechos probaron, en un último análisis, que la política y el politicismo, menos aún la politiquería, no son capaces de constituir una organización y un tipo de militante estable y perdurable. Esta experiencia coincide con lo acaecido en la URSS, supuestamente creada para construir el futuro de la humanidad toda por siglos y milenios, pero que sólo alcanzó a

malamente existir 74 años, una nada para lo que el tiempo de la historia es. Lo duradero únicamente puede conseguirse otorgando tratamiento y respuesta a la totalidad de lo humano, donde lo político (y lo económico) es parte y sólo parte.

Lo expuesto quedaba agravado por la naturaleza vertical extrema del PCE, donde el militante era llevado a renunciar a pensar por sí mismo y a no ser creativo. Pensar era tarea exclusiva del comité central, más aún, de su secretario general, Santiago Carrillo en aquellos años. Esto tuvo efectos devastadores en la base del partido, al constituir militantes sin cerebro, pasivos e incompetentes, meros instrumentos de la dirección que se terminaban degradando tanto por el no uso de sus capacidades personales que al final ya no servían ni como autómatas provistos de alguna funcionalidad.

A la izquierda del PCE-PSUC existió un piélagos de organizaciones y grupos militantes que se reclamaban del marxismo-leninismo, el maoísmo, el trotskismo o el anarquismo. En los años de la Transición alcanzaron a ser un colectivo nada despreciable en lo numérico, dotado de un fuerte poder de acción e intervención en la calle, aunque reducido a la impotencia por causas de sus dogmas, divisiones, querellas internas, errores colosales, escasa valía de sus integrantes en tanto que personas y otras incapacidades. Sin referirse a ellos no se puede escribir la historia de este periodo<sup>13</sup>.

En lo referente al programa carecían de diferencias sustantivas con el PCE. Como él soñaban despiertos con el régimen parlamentario (unos lo admitieron finalmente en su forma monárquica, mientras que otros demandaban fuera republicano, mitificando contra la verdad histórica a la II república española), repudiando la noción y práctica de revolución, a la vez que las doctrinarias orejeras de la teoría marxista les vedaban la conexión con la realidad de la sociedad. Durante un tiempo preconizaron la *“ruptura democrática”*, es decir, un régimen parlamentario supuestamente más radical logrado bajo la hegemonía de la izquierda, propuesta que tenía dos defectos, que estaba fuera de sus capacidades reales y que organizaba un proyecto reaccionario demagógico, algo así como un parlamentarismo utópico.

---

<sup>13</sup> Un compendio, de mediana calidad, de la historia de estas organizaciones es **“El proyecto radical. Auge y declive de la izquierda revolucionaria en España (1964-1992)”**, José Manuel Roca (ed.), título chusco pues esa izquierda era cualquier cosa menos revolucionaria. Algo mejor es **“La lucha final. Los partidos de la izquierda radical durante la Transición española”**, Consuelo Laiz. Uno de los muy escasos estudios de la existencia diaria de estos colectivos y no sólo de sus quehaceres políticos es **“Crítica de la izquierda autoritaria en Cataluña, 1967-1974”**, A. Sala y E. Durán, 1975, libro elaborado cuando aquéllos estaban en su acmé, lo que le otorga una particular credibilidad. Para comprender a estas organizaciones hay que estudiar sus documentos fundamentales de los años de la Transición, ejercicio tedioso pero imprescindible. Que hoy estén casi extinguidas muestra lo coyuntural y banal de su existencia en aquellos años, así como el enorme desprestigio que les otorgó su incalificable actuar de entonces, además de los sustantivos cambios que ha habido en la situación internacional.

En los demás asuntos eran asimismo una imitación del PCE (al que, por otro lado, denostaban sin argumentos decisivos aunque con gran encono verbal), constituyéndose también como sectas o guetos atormentado por muchos de los estigmas de la marginalidad e incluso de la sinrazón extrema. Eran formaciones socialdemócratas en lo político y estalinistas en lo organizativo e ideológico. En las elecciones de 1977 todos los partidos de la izquierda extremista tuvieron unos resultados electorales pésimos, que empeoraron en posteriores comicios.

Una parte de tales organizaciones se fue liquidando en la Transición, o poco después, pasando sus militantes al PSOE (un sector de los cuadros medios de éste provienen de ahí) o, en mucha menor medida, al PCE, en lo que fue una operación para asegurarse un empleo bien remunerado. Otro grupo sobrevivió todavía unos años, hasta que el colapso del “socialismo real” en 1991 les liquidó definitivamente. Un tercer sector se reconvirtió como enfurecido propagandista de las religiones políticas: feminismo de Estado, racismo antiblanco, islamofilia, animalismo, heterofobia, etc. donde permanece todavía, en proceso de desintegración aunque manteniéndose fiel a los modos brutales y deshumanizados del estalinismo, bien remunerado por los correspondientes gobiernos de derechas e izquierdas, ministerios, ONGs, fundaciones empresariales, regímenes islamofascista, jeques del petróleo, etc.

En el País Vasco y Cataluña la cuestión nacional hizo que diversas organizaciones más o menos “radicales” operasen en los años de la Transición. En el primero de ellos la izquierda abertzale se organizó en torno al programa KAS, que contenía todos los desbarros propios de la época, en primer lugar la negación de la revolución, por tanto de la liberación nacional realizable. Dicho programa fue una versión autóctona de la universal devoción por el régimen parlamentarista que dominó casi absolutamente en esos años, constituyéndose en base a él una nueva socialdemocracia vasca formalmente nacionalista.

Con aquél era imposible vencer, como los hechos han probado cuarenta años después. En Euskal Herria se llegó a establecer una fuerte contradicción entre la extensión, vigor y persistencia de las movilizaciones populares<sup>14</sup> y el carácter conformista, burgués-estatal, objetivamente españolista y vacío intelectivamente de los programas políticos implementados por las organizaciones actuantes, antinomia que el recurso a la “lucha armada” no podía resolver, pues lo decisivo son las metas y fines políticos no los métodos o forma de lucha.

---

<sup>14</sup> Para aprehender esto fácticamente, “Euskadi: el último estado de excepción de Franco”, Noticias del País Vasco, 1975.

En Cataluña, la particular pujanza del PSUC, la filial catalana del PCE, bloqueó durante toda la Transición las posibilidades de constitución de formaciones políticas dotadas de un programa revolucionario y, por tanto, de liberación del pueblo catalán. El PSUC realizó entonces lo que es una constante en la historia de la Cataluña contemporánea, la particular fuerza y presencia de la ideología y política burguesa en el seno de las clases populares<sup>15</sup>. La consigna-programa “*Llibertat, amnistia, estatut d'autonomia*” se hizo omnipresente y logró un consenso muy crecido, arrinconando las propuestas, populares o grupales, dirigidas a formular una salida revolucionaria a la crisis del franquismo en Cataluña. Dicha consigna nucleó el proyecto antirrevolucionario y de sometimiento al poder español en aquel territorio, permitiendo al franquismo convertirse cómodamente en régimen parlamentario y autonomista, con un capitalismo cada vez más pujante y un Estado (español) no menos recrecido<sup>16</sup>.

En este momento de la investigación se hace necesaria una reflexión. Durante la Transición en ningún territorio se llegó a una situación revolucionaria, ni siquiera existió una aproximación constatable a ella, por tanto, la revolución no podía ser la tarea del momento sino la formulación de una estrategia que fuera creando las condiciones para que aquella se diera en un futuro imposible de fijar. Eso se podría haber realizado, entre otras medidas, incrementado los factores de inestabilidad y crisis del sistema de dominación a la vez que estorbando y cercenando cualquier salida política estabilizadora. En particular, había que obstaculizar todo lo posible la realización del proyecto estratégico del poder constituido, el tránsito del fascismo al parlamentarismo, absteniéndose de cualquier apoyo a este último en todas sus formas específicas, para estancar al statu quo en una era de

---

<sup>15</sup> Un libro elaborado como réplica superadora de esta hegemonía histórica de la burguesía y lo burgués en Cataluña es “**El comú català. La història dels que no surten en la història**”, David Algarra Bascón.

<sup>16</sup> Un caso útil para mejor comprender la época de la Transición es la situación en Canarias durante aquellos años, donde tuvo lugar un repunte fuerte del movimiento de liberación del pueblo canario. Además de a la situación de crisis del franquismo estuvo vinculado al proceso descolonizador en África, y a la competencia entre las dos superpotencias del momento, EEUU y URSS. La sección más conocida fue Antonio Cubillo y su organización independentista, el MPAIAC. Además de hacer una intensa actividad publicística y agitativa, en 1976-1979 realizó unas 200 pequeñas acciones de “propaganda armada” para inmediatamente manifestarse como lo que era, una fuerza sin sustancia, que las nuevas condiciones políticas, constituidas por el recién estrenado régimen parlamentarista español y por los cambios en la situación internacional, arrinconaron con facilidad. Cubillo, un hombre de gran audacia y notable inteligencia táctica, creyó que podría utilizar los éxitos coyunturales de la URSS y sus aliados en África para constituir en Canarias un régimen a su medida, con él como indiscutido caudillo, sin transformar en nada importante las relaciones sociales, sin revolución. Se equivocó en lo más fundamental, el análisis estratégico. El movimiento independentista canario fue, posteriormente, cayendo en el caos de las escisiones, las disputas bizantinas y las sopas de letras, cada vez más rechazado, hasta que logró pisar tierra firme como componente secundario de un partido que ha sido durante muchos años pilar del régimen autonómico de las islas, Coalición Canaria. Los datos en “**Historia del nacionalismo canario**”, Domingo Gari Hayek. También se lee con aprovechamiento la biografía de Antonio Cubillo “**Trópico gris**”.

inestabilidad, ingobernabilidad creciente, podredumbre política e incertidumbre, en la que avanzase la acumulación de fuerzas para la acción revolucionaria.

La política del PCE-PSUC, y la de la extrema izquierda que le copiaba, por no referirse a la del PSOE y las organizaciones “independentistas” de los pueblos periféricos, fue antirrevolucionaria precisamente porque ante la crisis ya irreversible del franquismo ofreció al Estado-capitalismo una salida perfectamente admisible, es más, brindó lo que dicho par deseaba alcanzar, el retorno ordenado y relativamente sosegado al orden parlamentario y constitucional. Con eso resolvía la principal debilidad del bloque de poder, bien visible en los años finales del franquismo, su imposibilidad de valerse de los recursos propios de la acción política para lograr la conformidad e incluso la cooperación de las clases populares.

En los inicios de la Transición el enemigo principal ya no era el régimen franquista, moribundo y desahuciado por todos, incluidos los patronos, el ejército y el resto del aparato institucional, así como la gran mayoría de los otrora franquistas activos, sino el programa de restauración del orden parlamentario y partidocrático. Por eso éste debía ser el blanco principal, el enemigo fundamental. Quienes recorrían las calles, en Cataluña pongamos por caso, exhibiendo el lema antes citado en pancartas, que pedía, o mejor dicho ofrecía, parlamentarismo y autonomía, se constituyeron -fueran o no conscientes de ello- como los nuevos agentes del Estado-capitalismo español, los nuevos reaccionarios<sup>17</sup>. Esto quedó probado en los hechos posteriores, pues la realización práctica de tal estrategia ha otorgado al sistema decenios de paz social y prosperidad económica, justamente los transcurridos desde entonces hasta hoy.

En la Transición toda la izquierda, española o nacionalista, se envolvió en la bandera del antifascismo burgués, esto es, de la convicción de que la alternativa de recambio al fascismo es el parlamentarismo. Todas las organizaciones, todas ellas sin excepción, repudiaron la idea, ideal y práctica de la revolución popular para defender un régimen de dictadura constitucional, parlamentarista y partidocrático con capitalismo. Por eso la Transición se resolvió con una colosal victoria de las elites de poder españolas, una de las mayores de toda su existencia, que en el presente sigue determinando el orden político.

---

<sup>17</sup> La acción neo-institucional difícilmente es épica, y cuando lo es queda excluida de la epopeya popular. Por eso el libro **“Temps d’amnistia. Les manifestacions de l’1 i 8 de febrer a Barcelona”**, D. Ballester i M. Risques, no describe hechos memorables sino acontecimientos ramplones en sus contenidos, acaecidos en esas fechas de 1976, que siguen pendientes de un metaanálisis sobre la Transición como tiempo de carnaval e impostura. En moderación de su habitual arrogancia y autosatisfacción, victimismo y sobrevaloración, la izquierda antifranquista tiene pendiente hoy una tarea, su autocrítica. Entonar la palinodia es ya inexcusable para ella.

La antirrevolucionaria actuación del PCE en esos años fue reposición de lo que ya había hecho anteriormente, en dos ocasiones más. La primera en la primavera y comienzos del verano de 1936, durante los meses anteriores al inicio de la guerra, en tanto que integrante del Frente Popular y a las órdenes de los represivos gobiernos de éste, cuando se hizo entusiasta de las matanzas de campesinos y trabajadores urbanos que efectuaba la guardia civil y guardia de asalto. La segunda en el verano y otoño de 1936 y parte de 1937, cuando convertido el PCE-PSUC en nuevo poder del Estado y nueva burguesía propietaria de una porción de los medios de producción, trituró las realizaciones de la revolución proletaria y popular, efectuadas allí donde quedó vencida la insurgencia militar. Así pues, la actuación de aquel partido en la Transición fue la tercera ocasión en que otorgaba servicios fundamentales al sistema de dominación.

La ejecutoria de la extrema izquierda en la Transición se manifestó también como la tercera vez en que se hizo agente cualificado y activo del capitalismo. Con el Frente Popular, el POUM y un sector muy mayoritario de CNT, se adhirieron a su política antirrevolucionaria de aquél, y luego en la guerra se sumaron a los diversos organismos del gobierno para erigir un renovado Estado republicano y edificar un nuevo capitalismo con ellos como parte constitutiva, aunque en brutal lucha con sus competidores, los republicanos y estalinistas, donde quedaron perdedores. Lo mismo es posible sostener de la izquierda abertzale vasca actuante en la Transición, heredera de la política de ANV, partido signatario en 1936 del pacto de Frente Popular, por tanto expresión organizada de un proyecto burgués, parlamentarista y españolista. En Cataluña el PSUC, en 1974-1978, ocupó el lugar que él mismo había tenido en 1936-1939 y además el de ERC, la fuerza burguesa más eficaz en aquellos años pero que en la Transición estaba bastante disminuida, aunque luego se revitalizó al desfondarse el PSUC.

En los acontecimientos que tuvieron lugar con la declinación irreversible del Estado franquista (que, como se dijo, podría haber sido llevada a una gran crisis en progresión del conjunto del sistema de poder y del capitalismo a través de una estrategia de revolución integral de larga duración) todos los partidos y organizaciones asimilables a partidos desempeñaron una función política abiertamente institucional y conformista, estabilizadora y carca. La idea y proyecto parlamentarista fue sostenido, prácticamente en exclusiva, por los partidos políticos, los de la izquierda sobre todo pero también, como es lógico, por los de la derecha. Se puede sostener sin temor a error que el programa parlamentarista, que preservó al capitalismo en 1974-1978, fue hechura de todos los partidos políticos.

Si el proyecto parlamentarista se desempeñó como el salvador del bloque reaccionario en una coyuntura histórica tan singular, tan cargada de posibilidades transformadoras, se concluye que el sistema

de partidos estuvo en la base de todo ello. Es, por tanto, la categoría mismo de partido la que tiene que ser desentrañada, pues por su misma naturaleza opera en todo acaecimiento histórico de dos modos, y únicamente de dos: si el sistema de poder está en riesgo por la acción popular lo defiende, y si ha sido derribado lo reconstruye.

Eso se desprende de la naturaleza de todo partido, u organización similar, que: 1) se hace parte y facción ajena y, a fin de cuentas, contraria a la gente común<sup>18</sup>, 2) es una estructura jerárquica, de jefes y mandados, un orden de poder que busca más poder, 3) al participar en el sistema parlamentarista se convierte en integrante del aparato del Estado, compartiendo sus procedimientos, intereses y metas fundamentales, 4) como partido, subsiste económicamente de los fondos estatales y bancarios, creando en su interior una nueva burguesía potencial que se expande y desarrolla hasta hacerse existente en cuanto se dan condiciones para ello, 5) se define y delimita a través de una ideología o sistema apriorista doctrinario y dogmático de creencias, lo que le permite competir con los otros partidos en busca de más poder y más recursos dinerarios, además de cegar y ahogar las capacidades reflexivas del sujeto, 6) la militancia o afiliación a partidos o similares es un procedimiento para degradar a las personas, haciéndolas dóciles instrumentos del poder interior al partido y, con ello, del estatal y empresarial.

El sistema de partidos es, en conclusión, una parte primordial y cualificada del régimen de dominación. Eso ya quedó probado durante la II república, luego en la guerra civil y volvió a manifestarse de la misma manera en la Transición. Sin duda, hay partidos peores y mejores pero todos ellos, sea cual sea su línea y programa e incluso con independencia de la voluntad de sus integrantes (que puede ser incluso excelente, honrada y sincera sin que en nada, o apenas nada, cambie el significado objetivo de sus actuaciones), son recreadores del Estado y embriones del capital.

¿Fue, al menos, antifascista, ya que no revolucionaria, la izquierda en la Transición? Esta es una de sus supuestas señas de identidad, una “verdad” axiomática de la que lleva decenios extrayendo rédito político, ideológico y monetario.

---

<sup>18</sup> Uno de los partidos de la extrema izquierda más “radical” en el periodo estudiado, el Movimiento Comunista (MC), editó un periódico, su órgano oficial, de título “**Servir al pueblo**”. En tal cabecera, que es también declaración de principios, hay un reconocimiento involuntario de que ese partido no era pueblo, pues de haberlo sido carecería de sentido dicha formulación. Lo esencial es ser pueblo, y no facción, porción o parte, de modo que, siéndolo, servir al pueblo se realiza de manera natural. Si se es partido ya no se sirve al pueblo sino a la propia voluntad de poder. Negar los partidos es, entre otras cuestiones, valorar mucho más al individuo, lo que en la Transición apenas se dio, al ser la izquierda toda víctima de un “colectivismo” que es gregarismo despersonalizador, una forma peculiar de mentalidad de rebaño.



Para comenzar, el PCE y la extrema izquierda tenían un programa máximo que era similar, por no decir análogo, al del franquismo, o fascismo español, al que etiquetaban como “*socialismo y comunismo*”, mera copia de lo hecho y dicho por la URSS, una potencia fascista en la variante del fascismo de izquierda. La defensa y promoción del parlamentarismo no era admitido en su fuero interno por los jefes de dicho partido, que deseaban todo el poder para sí conforme al modelo estalinista, y franquista. Lo aceptaban provisionalmente, como etapa “de transición” hacia el totalitarismo, por causa de su propia debilidad.

La izquierda estalinista, en puridad, siempre es totalitaria, fascista. Allí donde ha podido ha establecido regímenes de esa naturaleza, pues todo en ella, el conjunto de su cosmovisión y programa máximo, manifiesta que es una variante de fascismo. Si en los años de la Transición se hizo “demócrata” (parlamentarista) fue porque las circunstancias, sobre todo su falta de fuerza para imponerse ilimitadamente, se lo exigían pero no por convicción.

Además, para el caso español, el PCE respaldó, según se ha dicho, lo fundamental de las grandes innovaciones sociales negativas que el franquismo llevó a efecto, en particular todas sus grandes operaciones de ingeniería social, comenzando por la de confinar a las clases trabajadoras en las ciudades y zonas industriales, lo que aquél consideró con enorme simpatía, pues a su entender “incrementaba el número del proletariado” y “desarrollaba las fuerzas productivas”<sup>19</sup>.

En la Transición la izquierda se redujo a ayudar al Estado franquista a que se autotransformase por necesidad y voluntad propia en Estado parlamentarista, como efectivamente hizo. Esto no puede ser considerado una forma de antifascismo sino todo lo contrario, pues permitió al aparato estatal de Franco perpetuarse bajo nuevas formas.

La política de “ruptura democrática” esgrimida por la izquierda más extrema fue similar, pues no era ni mucho menos suficiente, como aquélla proponía, sancionar a unos cuantos torturadores de la BPS (Brigada Político-Social), altos mandos militares y jueces del TOP (Tribunal de Orden Público), sino liquidar y extinguir el corazón mismo del fascismo español, que era el ejército, la policía y los altos funcionarios, además de la banca. La corriente “rupturista” proponía exigir responsabilidades penales a ciertas personalidades como

---

<sup>19</sup> El desarrollismo franquista y sus logros industrializadores fascinaron a la izquierda. Los tres Planes de Desarrollo promovidos por el régimen de Franco entre 1964 y 1973 fueron mirados con devoción por ella, en particular por el PCE, que en la Transición proponía copiar la “*planificación indicativa*” de los planes económicos franquistas, aunque en el marco del régimen parlamentario. El asunto queda expuesto en el libro de Ramón Tamames “*¿Adónde vas España?*”, 1976. En Galicia se desarrolló también una corriente de admiración rendida por el industrialismo franquista entre la izquierda galleguista-autonomista, asunto estudiado en “*O atraso político do nacionalismo autonomista galego*”, Félix Rodrigo Mora.

procedimiento para exculpar al aparato de poder del Estado, que era quien en 1936 había realizado el fascismo. De ese modo venía a confluir con la línea de Carrillo y el PCE. En resumidas cuentas, era una posición favorable a mantener lo nuclear de aquél a costa de desprenderse de lo secundario<sup>20</sup>.

La evidencia práctica más clara de la línea objetivamente pro-fascista seguida por toda la izquierda en la Transición, está en la existencia actual, no sólo intacto sino concluyentemente fortalecido, de lo que había constituido el centro y la médula del fascismo, el aparato estatal. Eso es así también en lo que tiene de significación para el futuro. En efecto, si el Estado español pasa en 1936-1939 de parlamentarista (“democrático”) a fascista, y en 1974-1978 de fascista a parlamentarista (“democrático” de nuevo), es imposible negar que en una futura coyuntura pueda realizar el retorno al fascismo, civil o religioso, con tanta furia y sangre como en 1936-1939.

El antifascismo burgués, o frentepopulista, que es el de toda la izquierda, al rechazar la revolución, deja al pueblo/pueblos a merced de las fuerzas sociales e institucionales potencialmente promotoras del fascismo en determinadas circunstancias. Este es uno de los resultados más desasosegantes de la Transición.

## **EL PUEBLO/PUEBLOS EN LA TRANSICIÓN**

En una coyuntura delicada para el poder, la constituida al final del franquismo, los elementos medulares que le permitieron recomponerse y renacer como “democracia” fueron tres. Uno el sistema de partidos de la oposición clandestina; otro el universal apego al orden parlamentarista y constitucional, tildado abusivamente de “democracia”, y un tercero la ideología guía de los partidos preocupados por conseguir un mínimo arraigo popular, el marxismo en sus diversas expresiones. De esa integración de formas organizativas, programa e ideología salió la continuidad bajo una nueva forma del sistema de dominación.

---

<sup>20</sup> El sindicato Comisiones Obreras (CCOO), próximo entonces al PCE, exponía el asunto con claridad. Para sus dirigentes lo por hacer consistía en ir “*desmontando las formas fascistas de poder*”, Gaceta de Derecho Social, febrero 1977. Se trataba sólo de las formas políticas no de los contenidos sociales, institucionales y clasistas, que podían y debían ser conservados. Eso es lo que deseaban las elites españolas, que lanzaron la guerra en 1936 y mantuvieron el fascismo cuarenta años. Con eso coincidían igualmente la inmensa mayoría de los franquistas, como se observó en la elaboración y tramitación de la Ley para la Reforma Política, según se ha expuesto. Así pues, la izquierda tendió la mano al fascismo, y viceversa, se reconcilió con él otorgándole un estatuto de legitimidad. Su antifascismo es en buena medida un mito sin verdad ni sustancia, pues la Transición puede ser descrita como un abrazo estratégico entre fascistas e izquierdistas, operación posible debido a las decisivas coincidencias entre unos y otros en las cuestiones básicas. Sus enfrentamientos con anterioridad a estos hechos, en la guerra civil por ejemplo, fueron peleas entre dos formas o variante de fascismo a fin de conquistar para sí todo el poder.

¿Y el pueblo, las clases populares en sí? En su enfrentamiento con el franquismo tardío no llegó a constituirse una situación revolucionaria en desarrollo, asunto en que el pueblo/pueblos obró de manera diferente a 1936, cuando eso sí sucedió en lo principal, aunque con enormes carencias y defectos. Tampoco generó una cosmovisión y programa revolucionario, oponible al de la partitocracia antifranquista de la izquierda. Sus expresiones organizativas, que existieron en la forma de asambleas, grupos de acción, tertulias de debate, redes de ayuda mutua y solidaridad, asociaciones de muy variada naturaleza, etc. fueron abundantes pero demasiado inestables, casi siempre dirigidas a contener y recusar al franquismo en un lugar y momento concretos aunque sin proponerse de forma explícita su derrocamiento revolucionario, sin elevarse al grado o categoría de estrategia.

El momento álgido de la acción proletaria y popular en la Transición fue el alzamiento de los trabajadores y el vecindario de Vitoria, que culmina en una huelga general, en marzo de 1976, reprimido con bastantes muertos y heridos. Al colosal choque se llegó a través de la radicalización de las luchas económicas, huelgas sobre todo (lo que ya es un factor que lastra decisivamente la ejecutoria popular), y sin más horizonte estratégico que el que los partidos, grupos y sindicatos de izquierda preconizaban en sus panfletos, el parlamentarismo con sociedad de consumo.

En segundo lugar, lo ocurrido resultó de la iniciativa del gobierno, que deseaba dar un escarmiento, para mostrar qué podría suceder si se escogía una salida revolucionaria a la crisis del régimen franquista<sup>21</sup>, en vez de la apetecida y promovida en las alturas, la vía constitucional evolutiva. Lo cierto es que, al constatar la naturaleza despiadada de la represión en un marco de ausencia de perspectivas estratégicas revolucionarias, la lucha cede, la paz social es restaurada en la capital vasca y las gentes se reintegran a su vida habitual, sin que se haya vuelto a repetir nada similar en los muchos años transcurridos.

En aquellos días, las corrientes populistas y obreristas, entregadas a venerar acríticamente la espontaneidad de los movimientos de las multitudes, presentaron como magnífica, insuperable y modélica la acción de las masas vitorianas, pero el estudio de los hechos lleva a conclusiones diferentes. Las luchas económicas ni se transforman por sí mismas en luchas políticas

---

<sup>21</sup> Si los épicos acontecimientos de Vitoria-Gasteiz en marzo de 1976 resultaron de la contradicción entre el Estado, en su forma franquista, y el pueblo, los de Atocha (Madrid) en enero de 1977, donde varios abogados relacionados con CCOO y el PCE fueron asesinados por un comando parapolicial neofascista, surgieron de la antinomia entre el reformismo proveniente del franquismo, encabezado por el gobierno de Adolfo Suárez, y la partitocracia izquierdista. En concreto, fue una advertencia del primero a la segunda sobre que debía moderar su activismo y rebajar sus expectativas, renunciando al proyecto de "*ruptura democrática*" para darse por contenta con lo que tuviera a bien otorgarle el gobierno. La operación fue un éxito para sus promotores. En la Transición las diversas contradicciones políticas y sociales operaban juntas pero independientes, aunque los analistas superficiales propenden a no hacer diferencias entre unos hechos y otros, con lo que el conjunto se hace bastante embrollado.

revolucionarias ni generan la suficiente conciencia revolucionaria ni tienen demasiada continuidad en el tiempo, especialmente si la represión es despiadada, como aconteció en Vitoria.

El elemento espontáneo, la inicial comprensión de lo real total en el pueblo a partir exclusivamente de la propia experiencia directa, sin estudiar y estructurar una cosmovisión por medio del esfuerzo cavilativo de larga duración, es por completo insuficiente para atajar la acción del poder estatal y empresarial, transformar sustantivamente la vida social y realizar la revolución.

El espontaneismo, al ser una forma de simplismo mental y reduccionismo, ignora la complejidad del cambio social cualitativo, negándose a admitir que las clases populares tienen que hacer un esfuerzo de la conciencia, vale decir, de la inteligencia y del resto de las facultades del espíritu, a la vez que de la lucha, si desean emanciparse de la opresión y la explotación. Si no lo hacen quedan sometidas y sin libertad, antaño por el franquismo y luego por el régimen parlamentarista. Tal y como son producidas por el dominio múltiple del Estado, los aparatos de adoctrinamiento y la desestructuración del sujeto que origina el trabajo asalariado, no están en condiciones de ser sujeto revolucionario. Para cambiar la sociedad han de cambiarse a la vez a sí mismas, autoconstruyéndose como actor fundamental del cambio, como fuerza transformadora.

Las clases populares, si desean emanciparse, tienen que elevarse a través del propio y tenaz esfuerzo a la categoría de comunidad consciente.

Eso equivale a decir que han de pasar de populacho a pueblo. Para eso han de componerse como negación de la cosmovisión, los disvalores, la política y las metas últimas del sistema de dominación, por tanto, con su propia cosmovisión, valores, línea política y fines estratégicos e históricos.

Hay un momento, quizá el segundo semestre de 1976, que la incesante prédica izquierdista a favor de las luchas económicas, por dinero y para el consumo, cala en amplios sectores de las clases trabajadoras. Éstos comprenden que en una fase de debilidad del sistema de dominación es viable ir arrancando notables mejoras salariales. A la izquierda le urgía dirigir las acciones en esa dirección porque así desviaba la atención de las luchas revolucionarias y para, en un segundo momento, presentarse al gobierno y a la patronal como mediadora y moderadora digna de ser bien remunerada, lo que acaeció con los Pactos de la Moncloa en 1978. Al Estado también le venía bien que los trabajadores se preocupasen más de demandar altos salarios y más consumo que de la revolución en una situación política dificultosa para él, lo que permitía sobornarlos políticamente con una mejora perceptible de las condiciones materiales de existencia, como en buena

medida sucedió. La patronal se consolaba subiendo los precios de los bienes y servicios en igual proporción, e incluso en algo más, de lo que crecían los salarios, práctica que originó una fuerte inflación.

La resultante de todo ello fue una gran cantidad de protestas reivindicativas que cristalizaron, en las mentes de millones de personas de las clases trabajadoras, en un programa de dos puntos: 1) régimen parlamentario, 2) más altos salarios, más dinero y mayor consumo. Llegado a ese momento la idea e ideal de transformación total suficiente e integral de la sociedad, el individuo y el sistema de valores, en tanto que salida posible a la muy real debilidad y crisis del régimen franquista, quedó como patrimonio espiritual de pequeñas minorías y escasas personas. Aquel estado de ánimo, que se hizo general en 1977, significó que el poder constituido, con su ruidosa e hiper-activa cohorte de partidos y grupos de la izquierda, había prevalecido, había ganado. Elaborar y promulgar la Constitución un año después fue institucionalizar dicha victoria.

Si la izquierda, toda ella, se puso al lado del Estado franquista para ayudarle a cambiar las formas políticas mantenido intacto lo esencial de su poder e incluso mejorándolo<sup>22</sup>, las clases trabajadoras y populares libraron luchas sin fines estratégicos explicitados, en una primera etapa, 1974-1976, mientras que en la segunda se acomodaron a lo ideológicamente existente, dejándose llevar al ámbito emocional, político y moral del interés particular, la codicia de dinero y el ansia de consumir. Con ello exteriorizaron que hacían suya buena parte cuando menos de la concepción burguesa de la existencia.

Para comprender en qué aleccionó la izquierda e izquierda radical a las clases populares en la Transición hay que estudiar el contenido de sus panfletos, declaraciones, llamamientos, documentos básicos, prensa, etc. Aunque el esfuerzo propagandista se efectuó desde la clandestinidad hasta 1977, año en que quedó legalizada, fueron millones y millones de copias las distribuidas en los barrios obreros, fábricas y pueblos por aquellos partidos, de no muy numerosa militancia pero dotados de una gran capacidad de acción y de un obrar activista indesmayable.

Lo que destaca por encima de todo en esa literatura clandestina panfletaria es la magnificación hasta extremos asombrosos de las

---

<sup>22</sup> Un dato que mide lo provechoso que resultó para la clase empresarial la Transición, y por tanto, el obrar de la izquierda en ella, es que la distribución de la renta se hizo más desigual con el régimen que instauró, la *“democracia representativa”*. Si la participación de los ingresos de los asalariados en el PIB fue el 55% en 1978 en 2006 había descendido al 46,5%, disminución que cuantifica el auge del gran capitalismo español a costa de las clases trabajadoras y asalariadas en general. Por eso sostiene Jesús Cacho en *“Duelo de titanes”*, refiriéndose al periodo de gobierno de la izquierda, el PSOE en 1982-1996, resultante de la Transición, que *“nunca en la historia de España tanto poder económico-financiero había estado concentrado en tan pocas manos”*.

acciones (huelgas, manifestaciones, etc.) por reivindicaciones materiales, por dinero, por bienes tangibles. Este asunto aparece siempre en primer y principal lugar, convirtiendo al dinero en el remedio de todos los males, en la gran meta, en el propósito y finalidad existencial por antonomasia, social e individual. Dicho de otro modo, la izquierda continuó, a causa de su ideología economicista, la obra del franquismo en la tarea de aculturar a las multitudes, destruyendo en ellas valores, principios, espiritualidad, rectitud y moralidad para hacerlas mera masa codiciosa y entregada al ansia de dinero, por tanto egoísta, pancista, asocial, incapaz de amar y ferozmente interesada<sup>23</sup>. La exaltación del dinero era, al mismo tiempo, el modo de introducir el capitalismo en el corazón y el cerebro de todos los seres humanos, haciendo que aquél conociera una fase de afirmación y expansión global formidable.

Hay exiguas diferencias, verbales y formales, entre lo que se halla en los panfletos de la izquierda toda, antes y durante la Transición, y lo argüido, por ejemplo, por Laureano López Rodó, superministro de Franco durante bastantes años y miembro del Opus Dei, referente a que la historia juzgaría a los gobiernos de los que formaba parte no por lo “superficial” (?) sino por “*el volumen de bienes que hayamos podido producir*”<sup>24</sup>. Así, juntos y revueltos franquistas, opusdeistas e izquierdistas, corrompieron y envilecieron el alma popular con la riqueza y el dinero, dando un paso de gigante hacia la constitución de una sociedad burguesa perfecta y completa, en la que incluso cada trabajador era un burgués, o un aprendiz de burgués, en el interior de sí mismo. Todo ello adoptó, además, la forma de una catástrofe civilizacional, con una caída muy considerable de la calidad del cuerpo social, de las relaciones interpersonales y del individuo.

Los seres nada se fabrican desde arriba, con la codicia y el culto por lo material como basamento.

La segunda categoría que se encuentra en esos panfletos e impresos es la de negación de la revolución en beneficio del régimen de dictadura constitucional, partidocrática y parlamentarista, o

---

<sup>23</sup> José Díaz Herrera e Isabel Durán en “**Los secretos del poder. Del legado franquista al ocaso del felipismo**”, exponen que el estado de ánimo dominante en la sociedad salida de la Transición fue “*la cultura del dinero y de la adoración al rey Midas*”. Una de las causas de esto resultó ser el obrar de la izquierda, que en lo ideológico suele ser más burguesa que la burguesía, al magnificar los bienes materiales y el dinero incluso más que aquélla, asunto que forma parte del meollo mismo de la ideología marxista. Se debe recordar que en esos años el PSOE era “*la casa común de la izquierda*”, el lugar de encuentro, regocijo y enriquecimiento de la gran mayoría del izquierdismo que había hecho la Transición, considerando que una buena parte de la extrema izquierda se había ido disolviendo e integrando en él.

<sup>24</sup> Citado en “**España de la Dictadura a la Democracia**”, R. Carr y J.P. Fusi. Célebres son la encendida loa al dinero, al afán de lucro y al consumo que efectuaron fascistas españoles tan notorios como Ernesto Jiménez Caballero o Ramiro de Maeztu.

*“democracia representativa”*, a menudo en su variante republicana<sup>25</sup>. No hay duda de que la revolución, en tanto que realización práctica, no fue tarea del día en ningún momento de la Transición en ningún territorio de los sometidos al Estado español pues, según se ha expuesto, no se constituyó una situación revolucionaria, pero eso no significa que tuviera que presentarse al régimen parlamentario como deseable, como “democracia” o como, siquiera, el mal menor. La línea estratégica era trabajar el factor consciente con la lucha política, obstaculizando al franquismo en crisis la salida parlamentarista, haciendo acopio de fuerzas y conciencia para la idea-ideal de una revolución (futura) sobre la base de y rechazar denostar al fascismo (en bancarrota) tanto como al parlamentarismo (en ascenso), así como a sus agentes políticos y sindicales.

Las revoluciones se preparan de dos maneras: afirmándolas en la pugna de las ideas en las etapas o situaciones no revolucionarias, que son las más, y realizándolas prácticamente en las situaciones revolucionarias, bastante excepcionales.

La formulación de vincular la lucha antifascista a la revolución popular no existió en la Transición, más allá de minorías muy reducidas y personas aisladas. En esto reside lo medular de aquellos acontecimientos.

Vinculado al omnipresente culto cuasirreligioso por el orden parlamentario estuvo el fervor por el ente estatal, un fenómeno propio de la modernidad en todos sus momentos pero singularmente intenso en la Transición. La izquierda en particular dio continuidad a la devoción, específicamente fascista, hacia el Estado propia del régimen de Franco. Aquél es considerado en la literatura partidista escrita de toda la izquierda que hoy puede ser consultada como agente máximo del bien social y el redentor de las masas trabajadoras. Las multitudes fueron aleccionadas en confiar en el ente estatal en vez de en sí mismas, en su capacidad de hacerse cargo de todas las manifestaciones, actividades y funciones necesarias de la vida en sociedad, para autogobernarse. Así pues, la izquierda adoctrinó a las gentes en la prosternación ante el poder y autoridad del Estado, en la sumisión y el servilismo<sup>26</sup>.

En esto es igualmente continuadora, según se ha dicho, del credo falangista, del militarismo franquista, de la sinrazón homicida del grupo

---

<sup>25</sup> Una consideración objetiva del régimen republicano de los años 30 del siglo pasado, que refuta viejos tópicos, es **“Investigación sobre la Segunda República Española, 1931-1936”**, Félix Rodrigo Mora.

<sup>26</sup> La posición franquista ante el Estado está expuesta en un documento franquista fundamental, el Fuero del Trabajo, de 1938 modificado en 1967. En su apartado XII, advierte que siempre ha de prevalecer *“el interés supremo de la Nación, cuyo intérprete es el Estado”*.

nazi español por antonomasia, las JONS. Esa coincidencia se manifiesta en un asunto concluyente, el entusiasmo de la izquierda en la actualidad hacia el Estado de bienestar creado por el falangismo, sobre todo con la legislación de 1963. Lo mismo puede decirse del feminismo de Estado actual, heredero en lo importante de la Sección Femenina fascista, una organización muy mayoritaria de lesbianas, si se acepta la creencia popular común en la época.

Dentro del ente estatal la izquierda situó, en sus panfletos y prensa, al estatocapitalismo, o capitalismo de Estado en un lugar preferente. Para ella el capitalismo privado es aceptable, aunque tiene que ser “supervisado” por el Estado, y el capitalismo de Estado es magnífico, dado que es el tipo de poder sobre una parte sustanciosa de los recursos económicos básicos a que pueden acceder los jefes de la izquierda para convertirse en nueva burguesía. Una manifestación lateral de ello es que el trabajo asalariado nunca aparece, en aquellos textos, tratado como lo que es, la forma moderna de esclavitud, pues la nueva burguesía izquierdista afecta al estatocapitalismo lo necesita en la misma medida que el capitalismo privado.

El actuar de la izquierda y extrema izquierda en la Transición fue introduciendo en la gente común otras muchas manifestaciones de la cosmovisión burguesa. El modo de vida en los partidos y grupos, devenidos en sectas y guetos, estaba dominado por un politicismo absoluto sin espacio para los valores ni para la ética. Las continuas querellas ideológicas carentes de sentido, los bizantinos debates que casi constantemente les conmocionaban, se resolvían en feroces reyertas internas en las que nada significaban los vínculos humanos básicos ni el respeto por los demás ni tampoco la amistad. Esa lucha despiadada era la forma concreta que adoptaba la competitividad burguesa y el espíritu del odio al otro propio del orden capitalista.

En particular, las organizaciones de la extrema izquierda se combatían internamente y escindían una y otra vez, con olvido de valores tan principales como la hermandad, la amistad, la cordialidad, la fraternidad, el afecto, la comprensión, la tolerancia, la alegría compartida y el compañerismo. Quienes decían estar en contra del capitalismo creaban el peor de los capitalismo en el interior de sus partidos y grupos.

Asombrosamente aislados de la realidad y firmemente apartados de la vida de la gente común por numerosos tabúes y manías, por una larga relación de chifladuras extravagantes y poses vanguardistas, sus militantes reproducían en el interior de tales formaciones un modo de vida inaceptable para el individuo medio de las clases populares. Se ha dicho que tales formaciones estaban integradas por *“los hijos de los vencedores de la guerra civil”*<sup>27</sup>, aserción bastante exacta, lo que

---

<sup>27</sup> La gran mayoría del antifranquismo organizado en partidos políticos quedó constituido por estudiantes o licenciados con carrera. Casi toda la izquierda e izquierda extrema provenía de la



significa que eran un sector de la juventud de las nuevas clases medias formadas bajo el franquismo la que se organizaba en ellas para, a fin de cuentas, propiciar el cambio a un régimen parlamentarista y partidocrático más favorable a sus intereses fundamentales, coincidentes con los del sistema de dominación en su totalidad.

Que para cumplir tal propósito, no demasiado memorable ni original, tuvieran que valerse de ideologías exóticas y tremebundas de importación (marxismo-leninismo, maoísmo, trotskismo, etc.), es un dato más que muestra la complejidad de la mente humana y la fuerte presencia de lo absurdo, lo lunático y lo irracional en la historia.

No debe entenderse esto como una descalificación de sus adherentes en tanto que personas. No. A ellas llegaban jóvenes, a menudo casi tantas mujeres como varones, imbuidos de la mejor voluntad y buena fe, movidos por una sincera aversión a la dictadura fascista de Franco, que deseaban darlo todo para ponerla fin de manera desinteresada y heroica. En tanto que personas eran admirables pero en tanto que militantes se hacían intolerables. Lo que les corrompía era la suma de las teorías guías e ideologías dominantes dentro de esas organizaciones, el desquiciado politicismo, el modelo organizativo, la noción misma de militancia política y los fines perseguidos. Si en alguna ocasión se puede decir, parafraseando a Rousseau, que los individuos eran buenos pero el sistema les corrompía es en ésta. Cuando, culminada la Transición, comprobaron que sus sueños se habían materializado en algo tan prosaico como la constitución de un nuevo orden parlamentarista, capitalista y regido por el mismo aparato estatal del franquismo, una parte de ellos -desde luego no la peor- se desbarató psíquicamente, abandonó cualquier compromiso político y cayó en derivas autodestructivas de diversa condición.

La izquierda en todas sus manifestaciones no sólo hizo lo imposible por depravar y pervertir a las clases populares en la Transición sino que cumplió una función destructiva y arrasadora de las formas organizativas de que se iban dotando las clases populares en su lucha contra la dictadura de Franco. Un ejemplo de ello es la historia primera de Comisiones Obreras (CCOO). Éstas nacen de manera fundamentalmente espontánea, como creación de los trabajadores en su lucha contra el fascismo y la patronal, entre los años 1958-1964, sobre todo en Asturias y Madrid. Pronto padecen un doble acoso, el de la policía política fascista y el de los partidos de la izquierda, sobre todo el PCE. La primera, según su estilo, detiene y tortura, los segundos,

---

universidad. En ésta se constituyó la partidocracia de sustitución al franquismo, ya desde mediados de los años 60. Fue la juventud burguesa, los hijos de los vencedores en 1939, quien estuvo a la vanguardia en la tarea de dotar de continuismo al franquismo bajo la forma de régimen constitucional y parlamentario. Desde la universidad, los que se organizaban en partidos y grupos comunistas, pasaban a los barrios populares, incluso a las fábricas, en un afán de dotarse de base obrera, con escasos resultados. Sobre el asunto **"Dictadura y disentimiento político. Obreros y estudiante bajo el franquismo"**, José María Maravall.

también fieles a su naturaleza de nueva burguesía y nuevo aparato estatal en germen, hacen lo imposible por convertir a esta organización en un apéndice suyo, incluso si eso significaba su liquidación práctica.

Dada la colosal contradicción existente entre las clases populares y la izquierda, la penetración de ésta en la vida organizativa de CCOO estuvo unida al fenómeno de la huida, a veces a la carrera, de los trabajadores comunes y corrientes, que no querían ser manipulados ni utilizados por la nueva burguesía del PCE. Debido a ello, CCOO llega al año 1974 como una estructura vaciada y exangüe, en la que casi únicamente permanecían militantes de partidos de la izquierda. Luego, el ente estatal la revitaliza para controlar y frustrar las luchas proletarias. Lo mismo sucedió con las demás formas organizativas populares. Las asambleas eran desnaturalizadas, hechas imposibles o simplemente trituradas por los fanatizados militantes de la izquierda, que querían reducirlas a un coro asertivo y pasivo.

Las organizaciones culturales, recreativas, juveniles, reivindicativas, estudiantiles, etc. entraban en crisis en cuanto algún militante del PCE o de la extrema izquierda se colaba en ellas, imponiendo su monomanía politicista, impidiendo el cumplimiento de los fines propios de cada organización, enfrentando a unos con otros y demandando ciega sumisión al partido al que pertenecía. Los efectos de todo ello eran siempre los mismos: la gente abandonaba la organización a escape, quedando por un tiempo como estructura sin contenidos en manos de los politiqueros (así solían ser denominados por la gente común) hasta que finalmente desaparecía, al carecer de sentido y utilidad también para quienes la habían echado por tierra. De esa manera, la libertad de asociación era conculcada de una forma muy eficaz en la práctica por la izquierda, que realizaba así la meta del fascismo, impedir que la vida asociativa popular se mantuviera y remontase.

El balance final en este asunto indica que la izquierda y extrema izquierda actuantes en la Transición llevaron a las clases populares construcciones ideológicas y experiencias militantes que reforzaron en su interior la presencia e influencia del capitalismo tanto como la dominación y pertinacia del ente estatal, en lo que también se manifiestan como legatarios y continuadores del franquismo. Pero aquéllas, que podían haber hecho mucho más para resistir y combatir, para erigir nuevos modos de vida y de realizar lo humano en oposición a la institucional, hicieron poco, e incluso muy poco. En esos años, el pueblo/pueblos no estuvo a la altura de la demandas del momento histórico. Se quedó bastante por debajo.

## **EPÍLOGO**

Las conclusiones postreras a extraer de los acontecimientos estudiados son cualquier cosa menos risueñas. De entrada, hay que admitir que el fascismo llegó a su sedicente final, en tanto que formas pero no en sus contenidos y causas eficientes, por una decisión de las élites, que necesitaban modernizar sus procedimientos de dominación, mucho más que por la acción popular. Ésta fue un factor existente y de importancia pero a fin de cuentas de segundo orden. La acomodación popular, aunque parcial y relativa, durante decenios a una dictadura de tipo fascista es un asunto de gravedad extrema, que requiere una investigación más completa.

Es cierto que frente a la dicotomía o fascismo o izquierda el pueblo/pueblos tomó posición de manera similar a como lo hizo en la guerra civil, negando respaldo a uno y a otra, manteniendo la equidistancia y estableciéndose a sí mismo como tercera fuerza, lo que estableció una situación de letargo relativo continuado, al no lograr constituir una línea estratégica, proyecto y programa negador de las dos formas de totalitarismo en pugna que movilizara a las clases modestas.

En esto el franquismo fue inteligente, al presentar al comunismo como su principal enemigo, y al tildar a todos sus enemigos de comunistas, pues sabía que eso contribuía en mucho a frenar la resistencia e insurgencia popular, debido a que el pueblo había experimentado y no había olvidado la ejecutoria despótica, burguesa, cruel y represiva de la izquierda, en particular del PCE-PSUC, en la zona republicana en 1936-1939. Esto había creado una profunda aversión multitudinaria al comunismo y similares entre las clases trabajadoras. Tales cuestiones pueden hacer inteligibles parcialmente los hechos, pero en el meollo del asunto, como explicación primera, está una grave falta por dejación u omisión, o más exactamente, por insuficiencia y escasez, de las clases populares en su oposición al Estado franquista.

Por tanto, cualquier forma de populismo o peor aún, de obrerismo, queda desautorizada en la experiencia<sup>28</sup>. La tarea de

---

<sup>28</sup> El trabajo **“Luchas autónomas en los años setenta. Del antagonismo obrero al malestar social”**, VVAA, Espai en Blanc (coord.), analiza la huelga de la construcción en Granada en 1970, donde varios trabajadores son asesinados por la policía franquista, la huelga en la empresa Roca (Gavà, Cataluña) en 1976-1977, las movilizaciones de los trabajadores del puerto de Barcelona durante diversos años, etc. Lo hace sobrevalorando el significado de aquellos acontecimientos, al razonar desde un axioma inapropiado, que las luchas obreras por demandas económicas son en sí mismas anticapitalistas, formulación que la Transición refutó con vigor en los hechos. Uno de los inconvenientes mayores que tenía el franquismo para el poder constituido es que al considerar ilegal a toda huelga convertía las movilizaciones obreras en subversivas, en lucha política, por lo general sin que lo fueran en sí mismas, otorgando a la vida social un dramatismo innecesario. Además, al ser ilegales los sindicatos “de clase” la patronal carecía de interlocutores y mediadores. Para remediar esto la gran burguesía como clase deseaba el final del franquismo, una vez que las acciones reivindicativas masivas se fueron haciendo más comunes, desde mediados de los años 60. Los inconvenientes para el capital de las luchas proletarias son conocidos pero hay que tener en cuenta la otra cara, sus aspectos positivos, incrementar (a veces) la productividad del trabajo, reforzar la docilidad de los trabajadores hacia los mandos y

construir al pueblo estuvo sin resolver sobre la mesa y lo sigue estando, siendo la más urgente en lo político, y también en lo ético y civilizacional. Revertir (auto-revertir) el populacho en pueblo es lo decisivo pues sólo así se puede constituir el sujeto revolucionario.

Respecto al individuo en tiempos del fascismo, el análisis ha de mostrar las dos caras. Por un lado, hubo individualidades magníficas que se atrevieron a oponerse y enfrentarse, generalmente a partir de nociones generales sobre la justicia natural, el respeto debido a la persona, el amor no doctrinario por la libertad, el rechazo de los dogmatismos o fes de Estado y la repugnancia innata hacia el despotismo, el matonismo y la arbitrariedad. El hábito franquista de torturar y maltratar, de exhibir las pistolas y aterrorizar, hizo que muchas personas considerasen intolerable dicho régimen y que pasaran a enfrentarse a él de manera heroica e incluso épica, generalmente aislados aunque respaldados por pequeños grupos de familiares, amigos, compañeros y paisanos, a menudo contando con una admiración y unas simpatías tan cuasi universales como pasivas, por el casi universal temor a la represión. Pero dichas individualidades fueron pocas, muy pocas comparativamente, antes de 1974.

El lado negativo estaba en el asentimiento pasivo de millones, por el espanto que el fascismo ocasionaba. El miedo, por lo general cerval, que se tenía al aparato represivo, sobre todo a la Guardia Civil y a la Brigada Político-Social, sobre la base de los recuerdos terribles, espantosos, de lo sucedido en la guerra civil, en la postguerra y posteriormente, paralizaba no sólo la acción práctica sino las conciencias, pues era de tal intensidad y persistencia que infinidad de personas decidieron no hacer nada en absoluto contra el régimen de Franco a pesar de tenerle como inaceptable y, además, ni siquiera pensar o sentir nada en contra de él. Reprimieron no sólo sus actos sino más aún sus espíritus. Así, se volvieron ciegos y sordos a la realidad, para sobrevivir a la represión pero más aún para sobrevivir a su propio pánico.

Un dicho brutal advierte que *“el miedo guarda la viña”*. Así es. Pero había mucho más. Desde mediados de los años 50 la economía y

---

patronos, promover el conformismo político y fomentar el consumismo y el ansia de dinero. Las pérdidas iniciales las suelen recuperar los empresarios elevando los precios de sus productos, lo que éstos hicieron en los años de la Transición. En conjunto, las huelgas reivindicativas, sólo de una manera tendencial y del todo insuficiente pueden ser tenidas por anticapitalistas, siendo en lo principal un mecanismo de adaptación y sometimiento del proletariado al capital, sin efectos subversivos perceptibles a medio plazo, como se observa en todos los casos que este libro analiza, cuando se consideran decenios después. Hoy el obrerismo espontaneista y economicista se ha casi extinguido pero en aquellos años dañó gravemente la capacidad de las clases asalariadas para hacerse conscientes y con ello revolucionarias, lo que tiene como primer elemento necesario el salir del muy limitado mundo del antagonismo patronos/obreros para elevarse a la comprensión de la totalidad finita de los antagonismos globales de la sociedad y el ser humano. En ese tiempo el obrerismo fue un modo de consolidar la sociedad de consumo creada por el franquismo, por tanto, un mecanismo más de colusión y cooperación entre la izquierda y el franquismo.

las disponibilidades del consumo fueron mejorando año tras año, lo que hizo que fuese “cómodo” el desentenderse de las grandes cuestiones de la sociedad y de la moral individual para dejarse llevar por lo gozoso de optimizar el propio nivel de vida. Una enorme masa de sujetos que habían conocido escaseces, e incluso hambre en la postguerra (hubo necesidad en toda Europa en los años posteriores a la II Guerra Mundial, 1945-1950, así que no fue privativo de España), desarrollaron una triste mentalidad según la cual comer todos los días era el *súmmum* de su existencia. Ésta, concebida como una pelea o competición por mejorar materialmente, fue el proyecto de vida que el franquismo ofertó, con enorme éxito de público. El rápido desarrollo económico de los años 60, con sus oropeles consumistas y tecnológicos, provocó una conformidad lerda y vacuna en secciones enormes de las multitudes.

Se dio, antes de 1974, un antifranquista de pacotilla, pasivo y espantado, que después se jactaba de haber “*corrido delante de los grises*” y de ser “*demócrata de toda la vida*”. Tras ese año hubo una oleada creciente de politización, inducida desde el poder, en beneficio del proyecto parlamentarista institucional y, de repente, “todos” se decían contrarios al franquismo... Las carencias de un sujeto medio desestructurado por el sistema educativo y aleccionador pero más aún por las sucesivas operaciones de ingeniería social que efectuó el franquismo casi sin descanso, así como los cambios introducidos por la guerra y la larguísima postguerra, constituyeron un individuo capitidismuido de manera múltiple, amoral, pusilánime, logrero, hedonista e irreflexivo, excelente para los fines del capitalismo-Estado en poderoso ascenso pero muy poco dotado para luchar por la libertad.

Si el pueblo como tal no estuvo a la altura de las demandas del momento histórico, el individuo tampoco lo estuvo, con la excepción de esa muy reducida minoría heroica antes citada, e incluso ésta tuvo un proceder notablemente deficiente y errado, que debería ser considerado con sano y constructivo espíritu autocrítico.

De la Transición surgió un orden político, el hoy existente, que conserva intocados los elementos básicos del fascismo. Ello no significa que de haber triunfado la línea de “ruptura democrática” la situación fuese diferente en esto. Los “rupturistas” deseaban desarticular únicamente las formas y superestructuras del fascismo para salvaguardar con más eficacia su esencia y fundamentos, a saber, el ejército, los aparatos policiales, los cuerpos de altos funcionarios y la banca. En la medida que aquéllos no eran revolucionarios, y no lo eran en absoluto pues militaban con tanto ímpetu en la anti-revolución como los reformistas, no podían ser antifascistas consecuentes, salvo en la demagogia.

Así pues, el peligro de retorno del fascismo sigue ahí, presente. Puede convertirse en realidad en el momento en que, como en 1936, se constituya una situación revolucionaria.

La Transición muestra la prodigiosa habilidad y plasticidad del orden constituido, capaz de afirmarse y avanzar sirviéndose de un sinnúmero de formas políticas, ideologías y fuerzas partidistas, convirtiendo a sus amigos en enemigos y a sus enemigos en amigos, según lo demanden las circunstancias. En 1974-1978 se vale de las formaciones que habían sido sus adversarios a muerte desde 1936 y durante muchos años, ERC, PSOE, PNV y, sobre todo, PCE-PSUC. Esto hace que los vencidos en la guerra fueran los vencedores en la Transición, mientras que los vencedores en la contienda, Falange (subsumida en el partido único franquista, el Movimiento Nacional), etc., quedaron vencidos y desechados cuarenta años después. La conclusión última es que la política partitocracia es coyuntura y provisionalidad, y que nada estable ni duradero puede edificarse desde la política, menos todavía desde la politiquería.

La actuación de la izquierda, de toda ella, de la más radical y jactanciosa tanto como de la más mansa e institucional, fue detestable en todos los sentidos. Esto es tan obvio que no hay necesidad de insistir.

El corolario último es que la Transición fue una nueva derrota de los factores o elementos de la civilización que se sumó a la derrota en la guerra civil. Fue otra vuelta de tuerca más de la barbarie, la destrucción planeada de lo humano y la tiranía, en la dirección de constituir una sociedad de seres nada que sean simplemente mano de obra y fuerza de trabajo, tan obedientes y sumisos, tan embrutecidos y nadificados que ya no puedan ser reconocidos como mínimamente humanos.

Revertir este estado de cosas, que es en el que estamos 40 años después de la muerte del general Franco y de la liquidación formal -sólo en lo superficial- de su régimen exigirá de la entrega, el arriesgarse y el padecer pero más aún de la inteligencia, el espíritu analítico y el cavilar estratégico, sin olvidar la hermandad, la convivencia y la fraternidad. El tiempo dirá si el futuro es mejor que el pasado, y si hemos aprendido algo del ayer inmediato para transformar el hoy y edificar el mañana.

Lo que difícilmente puede ponerse en duda que en la Transición, 1974-1978, fue la izquierda e izquierda extrema, española e "independentista", la principal responsable de que la situación no fuera derivando hacia un estado de cosas más y más revolucionario. Ese bloque de partidos y organizaciones manifestó ser entonces la fuerza en primera línea de la contrarrevolución burguesa.

Aquella fue antagonista de la revolución no sólo en lo político sino en todos los aspectos de la vida de la sociedad y del individuo. En lo

cultural<sup>29</sup>, educativo, moral, axiológico y estético. De manera enorme en lo convivencial y relacional, en lo erótico y amoroso. También en la concepción de la persona, en donde la izquierda efectuó un trabajo de una destructividad difícil de exagerar. Con ello contribuyó a crear el tipo de sociedad e individuo que el capital requiere. En todas las cuestiones se manifestó como la garante primera de la permanencia de lo sustantivo del franquismo en el parlamentarismo, aunque con nuevas formas, similarmente a cómo el régimen que organiza la Constitución de 1978 dio continuidad al Estado franquista, que era el Estado liberal decimonónico, o sea, el Estado perdurable, existente desde hace siglos.

A fin de cuentas, la izquierda toda fue antifranquista porque quería arrebatarse el poder a los franquistas para apropiárselo ella y ella gozarse ella, contra las clases populares. Eso le descalifica, pues una revolución es poner fin al poder para realizar la libertad, haciendo que el pueblo sea soberano realmente (y no formalmente como hace el parlamentarismo) en todas las manifestaciones de la vida social.

\* \* \*

Quienes hicimos frente personalmente al fascismo de Franco en los tiempos difíciles, poniendo el pecho a sus golpes y respondiendo a ellos en la medida de nuestras limitadas capacidades, cumplimos entonces con nuestra obligación de seres humanos que no renuncian a serlo. En esa lucha nos construimos y reafirmamos, y 40 años después lo que hicimos nos duele en su escasez, extravíos y torpezas pero nos deleita en su modesta épica. Nosotros no fuimos “*víctimas del franquismo*” sino luchadores, y víctimas únicamente porque fuimos luchadores. Ahí estuvo el mérito, pequeño pero real. Quienes se dicen “víctimas” y piden resarcimiento por ello manchan nuestra ejecutoria de entonces, pues lo que hicimos fue bueno y fue hermoso y fue limpio (aunque no lo bastante perspicaz ni mucho menos lo bastante revolucionario) también porque era desinteresado y magnánimo.

Una tarea queda pendiente al antifranquismo, como se dijo antes, la autocrítica. Ésta tiene que ser diferente en quienes se opusieron al régimen de Franco para ocupar el poder, lucrarse y medrar, y aquéllos que lucharon con buena fe y altura de miras. Pero todos, unos y otros, han de repasar los acontecimientos y mostrar, en su obrar de entonces, lo que estuvo bien y lo que estuvo mal. Los primeros, los vividores que llevan cuarenta años nadando en el deleite mostrenco del botín conseguido, nada harán en esta cuestión y nada se espera de ellos ya.

---

<sup>29</sup> Una obra que transmite el estado de ánimo del progresismo burgués de la izquierda en las postrimerías del franquismo es “*Filosofía y carnaval*”, Eugenio Trias, 1973. En ella, una verborrea inane y ñoña es presentada como el no va más de “la subversión”. El franquismo llegó a ser tan irreal, por ausencia de necesidad respecto a su existencia, que incluso las mayores vulgaridades filisteas parecían tener sustancia y pertinencia.

Los honrados e idealistas, por el contrario, tienen/tenemos que hacerlo.  
El presente texto es eso, una autocrítica en igual o superior medida que una crítica.

Noviembre de 2015